

ESTUDIOS



AÑO III | MARZO DE 1935 | Núm. 28

INDICE

	<i>Págs.</i>
EL PROBLEMA UNIVERSITARIO, por el Dr. Carlos Charlín Correa	1 ✓
RECUERDOS PERSONALES DEL ARZOBISPO CASANOVA, por Carlos Silva Vildósola.....	7 ✓
LA IGLESIA Y EL HUMANISMO. — SIGNIFICADO HISTORICO-FILOSÓFICO DEL MOVIMIENTO HUMANISTA, por el Dr. Roberto Barahona.....	12 ✓
IGUALDAD CIVIL, por Fernando Vives Solar	19 ✓
EL REALISMO CRISTIANO, por Antonio Cifuentes.....	21 ✓
SEMBLANZA DE DON RAFAEL EYZAGUIRRE, por Fidel Araneda Bravo	23 ✓
LA PAGANIZACION DE LA SOCIEDAD Y LA ACCION CATOLICA, por Alfredo Barros Errázuriz (Conclusión).....	26 ✓
EN LOS TIEMPOS DE SAN PABLO, por Arturo Lyon Peña (Conclusión).....	30 ✓
EL JAPON EN BUSCA DE FE RELIGIOSA	34 ✓
REVISTA DE IDEAS Y DE HECHOS. por Jaime Eyzaguirre	36

PRECIO: \$ 1.60

“ESTUDIOS”

REVISTA MENSUAL

Fundada por el Centro de Estudios Religiosos

Casilla 2081 — Teléfono 88573

SANTIAGO



Se reciben suscripciones en las Librerías

Zamorano y Caperan

Compañía 1015

Cultura Católica

Delicias 1626



Valor de suscripción por 1 año: \$ 18.-

En venta en las principales

Librerías de Santiago y Provincias

ESTUDIOS

PUBLICACION FUNDADA POR EL
CENTRO DE ESTUDIOS RELIGIOSOS

Secretario de Redacción: JAIME EYZAGUIRRE

CASILLA 2081 — SANTIAGO DE CHILE

Año III

MARZO DE 1935

EL PROBLEMA UNIVERSITARIO

El problema universitario es un problema tan complejo a prima que uno se resiste un poco a abordarlo. Sin embargo, esta complejidad es de fachada y si se penetra de una vez a fondo en el tema, si se apartan ramas y si se va resueltamente a tocar el tronco y se contempla el árbol caído, metido en él, entonces uno sorprende, de un golpe, toda la armazón, de fuera es inextricable.

Para tocar el tronco luego, hagamos una sola pregunta: ¿qué es la Universidad?

Una Universidad es un centro de estudios y nada más.

Estudio de materias conocidas, enseñanza; estudio de materias desconocidas, investigación. Esto vale para la Medicina, las Matemáticas, la Química, la Física, la Histología, la Sociología, la Literatura, etc.

Por lo demás, esta tesis ha sido sostenida unánimemente por nuestra Facultad de Medicina, en plena revolución, en 1932, en los días negros de la Universidad Socialista de Chile, cuando sus puertas eran amagadas por las manifestaciones estudiantiles que lanzaban políticos desde las asambleas.

La Universidad es un centro de estudio, por consiguiente, todo lo que no sea estudio no es universitario.

Tomemos inmediatamente la tijera podadora y el hacha, si es necesario, y cortemos toda la maleza, la zarzamora, el quintral, que, cual plantas parasitarias, se injertan, se nutren, de la noble encina y la asfixian y la secan.

Nada tiene que hacer aquí la política, disfrazada de justicia social, de humanitarismo, de regeneración de la sociedad, de redención de la humanidad, de filantropía, de cualquier nombre retumbante; esas son pieles de cordero con que se cubre el lobo para andar por las aulas impunemente. Y los jóvenes, entusiasmados con esos vellones blancos de oveja pascual, lo siguen y cierran sus libros, no estudian, y lo que es más grave, no dejan estudiar a los demás. Suspenden sus actividades universitarias e inician sus actividades políticas, estas matan a aquellas.

Y la Universidad que, por debilidad, por pusilanimidad, iba a decir que no, por cobardía, esto permite, se suicida. En lugar de un centro de estudio, se convierte en una asamblea, en un partido, en una junta ejecutiva. Y entonces ocurre lo inevitable. Si tiene la fuerza, va al poder, lo hemos visto en Chile; si no tiene la fuerza, se cierra, lo hemos visto en el Perú.

Y la Universidad ha dejado de existir, en uno u otro caso.

A lo mejor, sigue llevando el nombre, como muchas desgraciadas universidades americanas, pero así como el cajón ostenta el nombre del muerto.

Antes de producirse el fallecimiento la institución lleva una larga vida: huelgas crónicas, tumultos, revueltas, asonadas, guerrillas intestinales, la autoridad vive arrodillada ante los revoltosos, y el profesorado, bajando la calidad más y más, vive también de la misericordia de los estudiantes.

y a lo mejor, se enróla en sus filas. Hemos visto profesores ofrecer
 mnos la dirección de la Universidad.

das estas cosas se observan en el continente latino-americano y se ob-
 orque se ha permitido que el lobo entre y la política siente sus rea-
 s aulas.

y partidos que miran con simpatía estas actividades de la juventud
 y aun hay otros que las tienen inscritas en sus programas, como me-
 alizar su objetivo, la revolución social.

universitarios debemos sostener la tesis opuesta, no sólo porque la
 dad política es algo insensato, una monstruosidad incompatible con
 ine porque ella está reñida con la libertad de pensamiento, de estu-
 abajo; con la libre formación de la personalidad humana.

incompatibilidad absoluta de la Universidad con la política arranca
 perativo psicológico.

estudio requiere, como condición esencial para que nazca y viva, el
 la serenidad, la paz, el silencio.

la emoción intensa lo impide, la acción lo suspende, la pasión lo mata.
 política, al contrario, es acción febril, es lucha.

estudio es el monje, la política es la cortesana. Llega la política, o
 monje o deja de ser monje.

Universidad, este centro de estudio, consta de dos elementos: uno
 al, el factor humano, *verbi gracia* el profesor y el discípulo; otro ma-
 l edificio.

ando se habla de la decadencia de nuestra Universidad, se insiste mu-
 te el factor material, se dice: no hay laboratorios, no hay bibliotecas,
 instalaciones convenientes.

disiento de esta manera de pensar y estimo que el edificio es un
 cundario.

y a fundar en hechos esta manera de pensar

de luego, el presupuesto de nuestra Universidad ha duplicado, tal
 licado, en los últimos diez años y la fisionomía de la institución no
 biado.

visto universidades sudamericanas con institutos grandiosos, con
 es dotados príncipesamente; esos profesores y esos institutos eran
 ninguna colaboración, ningún trabajo en ninguna revista científica,
 estudio, nada, nada, nunca, ni antes ni después del palacio.

visto bibliotecas de valor de centenares de miles de pesos, enajona-
 e hacía años.

he visto modestos institutos científicos europeos con modestas biblio-
 laboratorios, cuyas publicaciones en revistas francesas, alemanas, in-
 ndicaban el rumbo de la especialidad respectiva.

steur hizo todos sus descubrimientos en la mansarda de un sexto piso,
 sueldo que rehusaría más de un profesor secundario nuestro.

la Universidad no se trata de cuestión de pesos, se trata de intelligen-
 alma.

la descubrimiento se hace con grandeza de alma, con mucha alma, con
 paciencia y un poco de inteligencia.

factor importante, primordial, básico, es pues el factor humano en
 ersidad.

Disponemos nosotros de ese elemento humano? Creo que sí, pero a ese
 o hay que hacerlo llegar a la Universidad, drenarlo en todas las capas
 y recogerlo, cuidarlo, hacerlo florecer y fructificar. ¿Cómo? Por un
 simple, por la selección del profesorado y del alumnado, selección que
 se produce en la inmensa mayoría de las Universidades americanas.

GLOSAS A NUESTRA ENSEÑANZA

Mucho se ha escrito últimamente acerca de las deficiencias de la educación. Se ha dicho, y con razón, que no se muestra apta para moldear la personalidad de los alumnos y que éstos, al abandonar las aulas, son incapaces de afrontar los problemas de la vida, porque nada llevan dentro de sí. Sin duda, que nuestra enseñanza se resiente de la ausencia de principios morales y, sobre todo, de una verdadera disciplina mental. La enseñanza filosófica es pobre y, en cambio, ocupan su lugar indigestas materias que atiborran al estudiante de minucias y le incapacitan para pensar. Sólo allí, gimnasia de la memoria, pero falta, en cambio, ejercicio del juicio. Por eso, al olvidarse pronto, como ocurre, ese fárrago de temas paranalizados, nada queda en la pobre inteligencia del alumno y éste se encuentra desarmado ante cualquier problema elemental de lógica.

Cuenta don Crescente Errázuriz en "Algo de lo que he visto", que a fines del siglo de 1850, se daba en el plan de estudios del Seminario de Santiago especial preferencia y amplitud a la enseñanza del latín, de la filosofía y de la teología. "Tal sistema — expresa el ilustre Arzobispo — se fundaba en el siguiente principio: más que llenar al alumno de conocimientos, pronto se borran de su mente, debe procurarse que ejercite la inteligencia aprendiendo a estudiar; los conocimientos que fácilmente adquiere en sus cursos son también fácilmente olvidados por él, y al fin de los estudios casi no conserva de ellos. Estudiando algo con profundidad, se aprende para siempre y, sobre todo, se despierta y ejercita la inteligencia. Al profundizar en el latín, la filosofía y la teología, se convencen y resuelven todas sus dificultades, que ciertamente son numerosas y grandes; en tal ejercicio, la inteligencia se fortalece y constante trabajo, no sólo se habitúa a sobreponerse a esas dificultades y deshacerlas, sino que principalmente, adquiere vigor, se desenvuelve y crece. Así, pues, el sistema se fundaba, entonces, en el principio de obligar al niño y al joven, conforme a las fuerzas que iba adquiriendo, a trabajar no tanto había empeño en darle conocimientos, cuanto en ponerlo en aptitud de adquirirlos".

"Hoy — dice más adelante — el método es otro: el mayor número de conocimientos con el menor esfuerzo posible; facilitar al niño los medios, hacerlo adquirir sus variadas nociones que constituyen actualmente la enseñanza, sin que su mente haya casi que trabajar para asimilárselas".

"No tengo para qué juzgar — agrega — entre uno y otro sistema yo no sería juez imparcial: tal vez por defecto de mis facultades, casi nada de las variadas ramas que después estudié me ha quedado y sí me quedó el aprendizaje del latín y de la filosofía, la facilidad y el deseo de estudiar. Creo que lo que entonces se proponían con los alumnos lo consiguieron, en la medida de mis fuerzas; me parece que si no me hubieran atumbrado a la labor intelectual de esas ramas fundamentales, habría dado sin el hábito del trabajo, sin la afición a él y sin conocimientos adquiridos brevemente y en breve olvidados".

Pero no se crea que para razonar de esta manera se necesita ser sacerdote o al menos pertenecer a la Iglesia Católica, como algunas mentalidades se imaginan. Hombres que están muy lejos de simpatizar con el credo, coinciden en tan importante materia. El señor Pedro León Lira, profesor universitario de todos conocidos, que ha hecho gala de sus conocimientos en varias ocasiones y que realiza, desde la cátedra, desde largos años una sostenida y disimulada campaña contra el ideal religioso, se ha mostrado alarmado por la posible disminución del horario de filosofía en los liceos. "El señor Ministro sabe — ha expresado por escrito al titular de la carrera de Educación — que los Jesuitas y Padres Franceses, que bien conocen la naturaleza humana y son maestros eximios en materia de cultura general, dedican, en sus colegios, muchas horas de la semana a la clase de filosofía. Yo no veo qué razón de conveniencia pública habría para

a la juventud que sale de los colegios del Estado, en una permanente inferioridad, con respecto a la que procede de los colegios congregacionistas. Acertadamente es evidente esa inferioridad en materia de cultura filosófica, se palpa en la Universidad, en el Congreso, en la prensa. ¿No ha notado el señor Castro cómo razonan los hombres que se llaman de izquierda”?

Nada hay que agregar a estas palabras. El señor Loyola ha tocado la fibra, y es de felicitarle por la independencia con que ha sabido colocarse para juzgar a muchos hombres que, acaso, sustenten en materia política y moral al su misma ideología.

EL DRAMA DE MEXICO

De nuevo la persecución religiosa se enseña con sin igual frenesí en el teatro mexicano. El grave delito de creer en una vida y un Sér superior es castigado con prisiones, multas y destierros. Nadie puede levantarse contra lo consigna atea y marxista del Partido Nacional Revolucionario. El plan de gobierno lleva involucrada la extirpación de toda creencia religiosa. “La educación — acordó en la convención de Querétaro — será socialista en sus orientaciones y tendencias y procurará la desaparición de dogmas y prejuicios religiosos, creando una fe en una verdadera solidaridad humana, sobre la base de una progresiva especialización de los medios económicos de producción. Deberá enseñarse que el fin último de la revolución es la destrucción del capitalismo. Deberá inculcarse al niño amor por las clases explotadas y repulsión por aquellos que las explotan. Será entonces, necesario arrancar a los niños de las manos de los credos católico o de otros credos, necesario arrancar a los niños de las manos de los cleros católico o de otros credos, haciendo para los niños, el análisis de las religiones a la luz de la razón y de las ciencias”.

Por una ley especial, Plutarco Elías Calles acordó, hace algún tiempo, la prohibición de la enseñanza religiosa en los establecimientos de educación, dentro del Estado, como de los particulares, lo que igualmente se contempla en el Plan Sexenal, cuya implantación, inicia el actual Gobierno, y que dispone que el control del Estado, en la enseñanza primaria y secundaria, impartida por particulares, se ejercerá “sobre el carácter de escuela no religiosa socialista que deberá tener”.

Tan notorio es el atentado del gobierno mexicano contra la libertad religiosa que el senador norteamericano William E. Borah ha pedido, al resto del mundo, una investigación especial de la Cámara a que pertenece, y el senador David Walsh ha expresado que los ciudadanos de la Unión, que profesan fe cristiana, habían sido en México, “ultrajados y difamados; que sus hogares habían sido invadidos; sus derechos desconocidos y, finalmente, sus vidas y propiedades en peligro”.

“Prohibimos terminantemente a los católicos — ha declarado, entre otros, desde su destierro de Texas, en carta pastoral, el Delegado Apostólico don señor Ruiz Flores — bajo pena de incurrir en las sanciones establecidas en el Derecho Canónico, el aprender, enseñar o cooperar efectivamente, a la enseñanza o estudio de lo que se ha llamado educación socialista, la que viola que los niños pertenecen al Estado y no a la familia, que la educación del niño, deber tender, por todos los medios, a extirpar de su alma todas las ideas religiosas y aún la de la existencia de Dios”.

Enérgica y levantada voz de la más alta autoridad espiritual de ese desdichado país, que ojalá aliente a los católicos en la lucha contra la barbarie marxista y les permita liberarse alguna vez, de la horrible tiranía atea.

JAIME EYZAGUIRRE.

¿Por qué? Por lo de siempre, por la política, por esa rata continental que destruye y mancha.

El profesorado adolece del gravísimo defecto de la improvisación. Ha en general.

El catedrático es improvisado y no seleccionado.

Tenemos en nuestras manos un excelente instrumento de selección, profesorado extraordinario en que el profesor da, durante varios años, enseñanza libre y *ad honorem*.

Nuestra Facultad de Medicina lo tiene establecido desde hace veinte años con excelentes resultados.

En Europa se llega a la cátedra pagada y vitalicia a los cincuenta años en América a los treinta, cuando no a los veinticinco.

Ha ocurrido casos de jóvenes que, con la toga puesta, sentados en la cátedra, esperan su título profesional. Todavía son alumnos y ya son maestros.

Esto se ve en las operetas y provoca simpáticas sonrisas entre los espectadores.

Aunque parezca extraño, la edad tiene una importancia capital, decisiva en el asunto. La juventud, "divino tesoro", es un tesoro de salud, de amor, de alegría, de optimismo, de esperanza, pero no es tesoro ni de ciencia, ni de experiencia, ni de verdad.

Así, un hombre que a los cincuenta años es consagrado profesor, para llegar a esa cúspide, trabaja treinta años. Estudia sin cesar, investiga, da conferencias, escribe libros, dicta clases gratuitas, y porque ha estudiado, investigado, escrito, enseñado durante treinta años, es conocido científicamente, respetado, y su nombre suena solo como candidato a la cátedra vacante.

La Universidad, el país, la ciencia, han aprovechado de esa actividad durante treinta años.

¿Qué ocurre si, imberbe, ocupa la cátedra? Como es hombre y no satisfecho con su bastón de mariscal en el bolsillo, entonces, al sentarse en la cátedra se sienta sobre sus libros. ¿Para qué abrirlos ya? No los necesita. Ya no le da nada.

"Avancements anticipés, ambitions démesurés" contestó el Ministro de la Guerra, rechazando la promoción de coronel a general de Bonaparte, a los 26 años.

El profesor imberbe desplaza su ambición de la cátedra, a otro terreno: a la política, a la actividad profesional, a la vida de los negocios.

No sólo no trabaja él, sino impide que trabajen los demás, porque si otros trabajan le hacen sombras y lo desprestigian.

Por otra parte, una cátedra, cuyo titular tiene 30 años, no vacará sino en 30 años más, es decir, que durante toda una generación, no hay posibilidad de ascenso; es decir, que en esa rama determinada del saber, el campo está cerrado y no hay posibilidad en él de carrera científica. Entonces, los jóvenes, aun los que tienen vocación para el magisterio, el estudio o la investigación, borran de su programa la materia referente a esa cátedra, caída en manos juveniles.

Multipliquen este ejemplo en todas las facultades y han puesto usted sobre la Universidad un manto de plomo, una mortaja.

Ahora bien, ¿a qué obedecen estos nombramientos anticipados? Basta hacer la pregunta para que asome la contestación. Si no tiene méritos, si no hay antecedentes personales del candidato, obedecen a consideraciones extrañas a la Universidad, a la enseñanza, es decir, a consideración de amistad, de círculo, de secta, de política.

Este joven sacerdote, introducido así, furtivamente, en el templo, noche por pudor, es prisionero de quienes lo introdujeron y obedece en sus futuras designaciones de profesores, en las cuales va a intervenir, ciega por sus mandatos secretos.

Y allí tienen ustedes, minado, en sus cimientos mismos, el grandioso edificio; sus columnas están trizadas. El derrumbe se acerca inevitable.

de espiritual primero — desprestigio creciente, repudio de la opinión — debe material después.

La Universidad, si quiere salvarse y detener su caída, debe renunciar a sus visos maestros.

No se llegará a la cátedra pagada y vitalicia sino en la edad madura, desde largo período de prueba, con años de interinato, de suplente, deorado agregado y extraordinario.

Nuestra Facultad de Medicina, decíamos, ha establecido, años ha, el grado extraordinario, con óptimos resultados.

Al doctor Gregorio Amunátegui le cabe el gran mérito de haber puesto práctica, durante su decanato, esta reforma transcendental y la honra de haber indicado a la Universidad el camino, el único de salvación.

Hoy, casi todos los profesores titulares de la Facultad de Medicina han pasado a la cátedra vitalicia después de largos años de enseñanza extraordinaria, es decir, gratuita. El último nombramiento efectuado recayó en el doctor González Cortés, que se aprestaba a celebrar sus bodas de plata con la cátedra *honorem*.

Si se me pidiera que indicara una reforma en el profesorado universitario, indicaría más que esa: profesorado de prueba *ad honorem*, extraordinario *honorem*.

Con este simple medio, luego, muy luego, en la Universidad se cobijaría un selecto de nuestra intelectualidad.

Buen profesorado significa buenas autoridades universitarias, ya que se generan en aquél, buenos ayudantes, buen personal, ambiente de producción científica, prestigio nacional y al poco andar, internacional. De la Universidad sólo depende tener buen profesorado, ya que a este punto goza de una autonomía absoluta.

Basta sólo quererlo. ¿Lo querrá? Tal vez lo querrá, pero ¿lo podrá? No temo que la política se interponga entre la buena intención y la sana

Consideremos ahora el otro elemento del factor espiritual: el alumnado. La Universidad lo recibe del liceo y del colegio. ¿Cómo lo recibe?

Malo, muy malo, malo de toda maldad — como diría Paulino Alfonso. Al acaso reproduzco una opinión, la del Director de la Escuela de Leyes, profesor Guillermo Correa F., actual diputado, dada hace años, oficialmente a Rectoría de la Universidad.

Por sobre todas las consideraciones expuestas cabe indicar como la más tante y decisiva en la suerte de la enseñanza universitaria, la existencia o no de una buena enseñanza secundaria; como ha dicho elocuentemente el eminente profesor de la Sorbona, señor Dumas, es condición previa de éste.

Las deficiencias de la enseñanza secundaria son notorias en nuestro régimen educacional. Los alumnos carecen, de ordinario, de *preparación espiritual* del cultivo de sus facultades *morales e intelectuales*, lo que contribuye, en mucha parte, al poco interés que manifiestan por los estudios superiores y a la ligereza con que se dejan arrastrar por los elementos malsanos."

Opiniones análogas dieron entonces los directores de las otras escuelas universitarias.

Me bastará agregar que, desde hace quince años que concurro a la Facultad de Medicina, nunca he oído a nadie defender la enseñanza secundaria. Al contrario, no hay año que no se levante la protesta airada contra la deficiencia increíble de la preparación que traen los alumnos del liceo. Se levantan las voces más autorizadas de la corporación en estas imprentas periódicas.

El mismo fenómeno ocurre en otras Facultades, según me dicen.

Si me contestará: "Nada puede la Universidad sobre el liceo y tiene que conformarse con lo que éste le envía."

Perfectamente, pero puede no recibir todo lo que le envía; puede selec-

cionar, escoger, y para ello dispone de un instrumento sencillísimo, una cunoria magnífica, el *examen de admisión*.

Somos partidarios de la limitación de la matrícula con examen de admisión, a base de prueba escrita.

El trabajo escrito pone en juego una serie de actividades del intelecto que constituye así una prueba de infinito más valor que el examen oral, que suele reducirse a un simple sondaje de la memoria. El joven que no sabe dactilar, que no sabe dar forma a su pensamiento, no sabe aun pensar e, indudablemente, no está su mente madura para la Universidad.

Esta selección debe estar en manos de la Universidad.

Entonces ocurriría, fatalmente, lo siguiente: el liceo tendría que adaptarse a las necesidades universitarias y, poco a poco, la Universidad levantaría todo el nivel de la enseñanza secundaria.

Muy luego, ciertos establecimientos fiscales o particulares se especializarían en la preparación al examen de admisión de la Escuela de Medicina, de Derecho, de Ingeniería, de Arquitectura, etc. Nacería entre esos establecimientos una sana competencia con provecho de todos ellos.

En la Escuela Politécnica de París se presentan mil candidatos y se admiten cien: estos cien son la flor de la juventud francesa. Allí nadie piensa en política sino en trigonometría, cálculo diferencial, raíces cuadradas, teoremas atómicos, y los jóvenes se reúnen en academias y nunca en asambleas.

Después, después, cuando hayan terminado sus estudios, serán políticos y cuando lo son, son grandes políticos. Painlevé, por ejemplo.

Pues este método de selección, de resultados maravillosos en la Escuela Politécnica, y entre nosotros mismos, en la Escuela Dental, en tiempo de un benemérito doctor Valenzuela Basterrica, este instrumento mágico de purificación del alumnado y de la Universidad toda, la Universidad, por incapacidad o tal vez por debilidad, ha renunciado a él.

Ha entregado la selección de su alumnado al liceo, aceptando para sí a los candidatos las notas de enseñanza secundaria y la prueba del chillerato, que ella no controla. La Universidad ha entregado, inconscientemente, la llave de su puerta de calle a extraños.

Y así, en lugar de levantarse el nivel de la enseñanza secundaria, descenderse la nivelación hacia arriba, la Universidad descende, se adapta al liceo y se hace la nivelación hacia abajo y sufre ella con todos los errores de la enseñanza secundaria y se contagia con todas sus enfermedades.

El fermento político constante que bulle en la Universidad, que le pertenece a ésta, es un elemento de arrastre que trae la juventud del liceo porque el liceo ignora lo que debe ser.

Hemos dicho que la Universidad es un centro de estudio y nada parece obvio agregar que el liceo no puede ser otra cosa. Pues al liceo se le ha ocurrido ser un centro social-político y no de enseñanza. Así, según publicaciones oficiales, en lugar de enseñar, simplemente de enseñar y nada más enseñar, se le ha ocurrido:

a) "Poner al adolescente en contacto con los problemas de la vida temporánea en función de la cultura y del trabajo social productor."

¿No sería mejor que el liceo enseñara al adolescente a escribir, a redactar, a racionar?

b) "Formar un valor cultural que encarne, no una estática contemplativa del pasado, sino un impulso al porvenir."

¿No ven ustedes las orejas del lobo? Condenación del pasado, admiración del porvenir, condenación de la tradición, es decir, espíritu revolucionario.

Se le ha ocurrido textualmente:

c) "Procurar que el niño tenga una clara comprensión del mundo presente."

El mundo presente es como lo comprende el maestro, que a veces está muy satisfecho del mundo presente.

El lobo muestra la pata y la garra.

d) "Formar individuos que puedan actuar con eficiencia en medio de complicaciones y desenvolvimientos de su época."

Aquí ya el lobo muestra los dientes. . . . formar individuos que puedan actuar según el criterio del maestro, descontento del mundo presente, no lo vemos.

e) "Formar nuevas generaciones susceptibles de una mejor adaptación."

Nada menos, formar nuevas generaciones diferentes a la generación actual.

Es decir, formar hijos diferentes a sus padres.

Pero esto es introducirse en la familia, es una violación del hogar.

Ya aquí se sorprende a la escuela con las manos en la masa, actuando, ya en sentido social u otro, es decir, haciendo obra política, con adolescentes, palidas de sus padres, con niños inconscientes.

Pero, sigamos. Se le ha ocurrido:

f) "Explicar el ritmo de la política y de la educación moderna."

Ya esto es el remache. . . . Explicar el ritmo de la política a niños de doce años.

¿Y por qué no explicar el Quijote, la Divina Comedia, Fausto? ¿Por qué no enseñar, simplemente enseñar?

Ustedes han reconocido, debajo de esas frases grandilocuentes, debajo de esas pieles blancas a Maestro Lobo.

Toda esa fraseología sueña a carillones del Kremlin de Moscú.

Y hay profesores que no ocultan siquiera sus actividades pecaminosas y se abren en manifiestos públicos: "Somos revolucionarios". La Asociación de Profesores, que consta de miles de ellos, ha dicho: "Preparamos la revolución."

"El éxito de la revolución descansa en la política educacional."

Hay profesores que creen a pie juntillas, a macha martillo, que su misión no es estudiar y enseñar, sino que formar nuevas generaciones, purificar la nación, redimir el mundo, salvar la humanidad.

Se han ungido tutores del país, tal como los tenientes y capitanes en febrero de 1924 y enero de 1925.

Y las cabecitas de 16 años llegan a la Universidad sin preparación alguna como hemos visto, pero llenas de ideologías extrañas, de frases huecas, de palabras sonoras, y creen, los pobrecitos, también a pie juntillas y a macha martillo, que deben salvar al país, purificar la nación, redimir el mundo y enlazar la sociedad.

No saben los pobrecitos que deben hacer una sola cosa: estudiar y aprender.

Si la Universidad no se defiende, no se aísla con la limitación de la matrícula, a base de examen de admisión propio, va a morir en manos del liceo

Dr. CARLOS CHARLIN CORREA.

Carlos Silva Vildósola

Recuerdos personales del Arzobispo Casanova

Para entender la posición que el Arzobispo de Santiago don Mariano Casanova ocupa en la historia de la Iglesia y de la nación es menester situarlo en el momento en que recibió del Santo Padre su investidura.

Desde 1878, a la muerte del ilustre Arzobispo Valdivieso, una de las más altas personalidades de su siglo en Chile y en el mundo católico, la Arquidiócesis de Santiago quedó por largo tiempo en Sede vacante. En conformidad a los cánones, el Cabildo Metropolitano había elegido Vicario Capitular para regir la Iglesia hasta la decisión del Pontífice Romano a otro hombre eminentísimo cuya virtud y saber eran reconocidos por todos los chilenos, don Joaquín Larrain Gandarillas, Obispo titular de Martirópolis. El Gobierno de don Aníbal Pinto había puesto obstáculos, fundados en lo que se llamaba el Patronato Nacional, a esta designación y pretendido que asumiera el cargo el canónigo don Francisco de Paula Taforó a quién el mismo Gobierno había presentado a la Santa Sede como candidato al Arzobispado.

No es fácil entender ahora el funcionamiento de esta desgraciada institución del Patronato que, por desgracia para Chile y como fuente de todo género de conflictos, habían introducido en la Constitución de 1833 hombres bien intencionados, católicos fervorosos en su gran mayoría, pero todos afectados por las doctrinas regalistas.

La Constitución había incluido entre las atribuciones especiales del Presidente de la República la de "Presentar para los Arzobispados, Obispados, dignidades y prebendas de las Iglesias Catedrales a propuestas en terna del Consejo de Estado." Y añadía: "La persona en quién recayere la elección del Presidente para Arzobispo u Obispo debe además obtener la aprobación del Senado." O sea, que después de la voluntad del Jefe del Ejecutivo, los Prelados de la Iglesia debían contar con el beneplácito de dos cuerpos de carácter político.

Mientras hubo presidentes y gobiernos y, congresos en que el catolicismo era reco-

nocido como la religión verdadera y la Iglesia respetada en sus derechos, no fué difícil el acuerdo. El Gobierno insinuaba privadamente a Roma el nombre de un candidato y sólo lo presentaba cuando estaba cierto de que la Santa Sede no tenía objeción que hacer. De aquí nació la práctica de que el candidato del Gobierno fuera autorizado por el Cabildo para que tomara la administración diocesana aun antes de recibir su designación canónica, pues se sabía ya que ésta no había de tardar sino el tiempo necesario para que llegaran a Roma las peticiones y a Santiago las bulas, período entonces mucho más largo que el que exigen hoy nuestras rápidas comunicaciones. El Gobierno del Presidente Pinto no había buscado ese previo acuerdo con la Santa Sede y su pretensión de que el señor Taforó tomara el cargo de Vicario en Sede vacante era insólita y fué justamente resistida. El último señor Larrain Gandarillas continuó en su cargo y quedó abierto el conflicto entre la Iglesia y el Estado que había de durar diez años.

Uno de los fenómenos más curiosos de nuestra historia es la adhesión irquebrantable que nuestros hombres de Estado, aun los más religiosos y más firmemente adheridos a la Iglesia, prestaban a la institución del llamado Patronato Nacional. El origen del Patronato merece ser recordado. Los Reyes de España habían obtenido de la Santa Sede el derecho de recaudar la contribución del diezmo que los fieles estaba obligados a pagar a la Iglesia para su sostenimiento, y a cambio de esto creaban el presupuesto del Culto o sea daban a la Iglesia lo que le pertenecía, lo que los contribuyentes pagaban con ese objeto. Eran simples recaudadores y distribuidores de lo que o era suyo. La Santa Sede les otorgaba la facultad de presentarle o sugerirle individuos para las dignidades eclesiásticas.

Los primeros gobiernos de Chile independiente creyeron que como sucesores de los Reyes de España tenían la facultad de continuar en el mismo régimen patronal. O'Higgins, católico ferviente, hombre de fé

de piedad y ejemplares, firmó en 1817 un decreto cuyo texto queremos copiar porque resume la doctrina: "Habiéndose separado los pueblos que se mandó de la dominación de la metrópoli española, se ha reasumido en mi persona, en virtud de la suprema autoridad que ejerzo el real patronato, en uso de cuyas facultades era concedida a los Reyes de España por derecho y por bulas apostólicas, la presentación de todas las dignidades, canonicías y beneficcios eclesiásticos."

Prieto, Portales, Tocornal, Egaña, cito nombres de católicos bien probados, continuaron la aplicación de esta doctrina y aun la defendieron con un celo agresivo, como si con ello ampararan la dignidad nacional y la soberanía de Chile. El clero mismo cometió varias veces el error de reconocer de hecho esta facultad que se arrogaban los Gobiernos. Cuando en 1830 el cabildo de la Catedral de Santiago se negó a reconocer el futuro arzobispo Vicuña su autoridad de Vicario Apostólico que le había sido conferida por la Santa Sede, el señor Vicuña recurrió de amparo al Presidente de la República; el Presidente requirió al Cabildo como Patrono de la Iglesia y el Cabildo se sometió por medio de una nota en que decía: "En obediencia a esta suprema resolución el cabildo va a dar todas las demostraciones correspondientes a la sumisión que se le ordena." Era el estado de la cuestión entre los seglares y los eclesiásticos cuando la Constitución del 33 incorporó el Patronato en el derecho fundamental de Chile como un caso que nadie discutía.

Desde entonces todas las bulas pontificias debían recibir el *exequatur* del Ejecutivo. La Santa Sede jamás reconoció tal derecho y en cada documento pontificio para la investidura de un obispo o cualquiera otra disposición, expresamente declaraba que el Santo Padre procedía *motu proprio* y para nada tomaba en cuenta ni la presentación hecha por el Gobierno, ni la fórmula del *exequatur*.

Durante los Gobiernos de don Manuel Montt y los que le siguieron arrojó el Patronato. Cada vez que llegaba una bula pontificia, se daba el pase, pero se hacían reservas acerca de las frases que indicaban el acto libre de la Santa Sede y su resolución independiente de toda pretendida autoridad gubernativa. Y se resolvía siempre por el Gobiernoacer presente al Soberano Pontífice "con la mayor reverencia decían los decretos, "de el Gobierno de Chile no concederá su *exequatur* ni permitirá que tenga efecto en Estado cualquiera bula expedida

con la omisión que se nota en la presente (es decir que no se mencionara la presentación del candidato por el Presidente) ni escrito alguno que ofenda el patronato nacional."

No es necesario decir que la Santa Sede jamás tomó en cuenta estas reservas, si es que ellas llegaron a enviarse a Roma. Ni mucho menos hizo el menor caso de la fórmula adoptada más tarde según la cual el Gobierno ordenaba dar el pase a las bulas, declarando que "se retenían" las frases tales o cuales.

Llegaron los gobiernos liberales y su intención de privar a la Iglesia de libertad y de someterla a la tuición del Estado fué acentuándose en diversas formas. El conflicto se cristalizó al morir el Itmo. señor Valdivieso.

Tal vez son fatigosas estas reminiscencias de hechos que todos conocen en la historia de Chile. Pero me parece necesario refrescar el recuerdo para llegar a una inteligencia exacta de la acción providencial que elevó a don Mariano Casanova al solio arzobispal de Santiago.

La administración de don Domingo Santa María fué de franca y cruda lucha contra la Iglesia. Congresos que, como todo los de esos tiempos, eran formados por la intervención violenta del Gobierno para falsear el sufragio, aprobaron las leyes de matrimonio y registro civil y de cementerios laicos. Estos problemas sociales pudieron ser resueltos de acuerdo con la Santa Sede que entonces, como siempre, estaba dispuesta a hacer concesiones a trueque de mantener la armonía. Se prefirió hacerlo en forma de agresión. Todos los años de mi adolescencia están llenos de los recuerdos de esta lucha. Nunca ha sido más honradamente perturbada la conciencia nacional. Los resultados los hemos recogido después: la mala constitución de la familia chilena procede de la forma sectaria en que se dictaron y aplicaron esas leyes violadoras de las costumbres, de la tradición y la creencia de la mayoría de los chilenos.

Y todo se estrelló contra la serena inflexibilidad de la Santa Sede, que sabe hacer concesiones hasta donde lo permiten los principios fundamentales, pero no más allá. Y contra la roca incommovible que era el Vicario Capítular de Santiago, don Joaquín Larraín Gandarillas.

Plenipotenciarios de Chile durante el Gobierno de Pinto, primero, y luego durante el de su sucesor don Domingo Santa María, gestionaron en Roma la preconización

del señor Taforó, sin poderla obtener. Una carta de Su Santidad León XIII al último de estos presidentes exponía las razones de conciencia que el Santo Padre tenía para no aceptar ese candidato, sin que ellas afectaran la moral, prestigio y virtudes sacerdotales de aquel canónigo. Vinieron después amenazas, cumplidas en parte con las leyes de laicización a que me he referido, y con la expulsión del Delegado Apostólico, Monseñor Dell Frate, y ruptura de las relaciones diplomáticas entre la Moneda y el Vaticano.

Por fin, se siguió el consejo de Roma. El Gobierno se puso de acuerdo con la Santa Sede, en forma privada, acerca de un nuevo candidato a la silla Arzobispal de Santiago. Años más tarde el cardenal Vives a quien conocí en Roma, me dijo que tenía motivos para creer que el nuevo candidato, don Mariano Casanova, había sido sugerido por la secretaría de Estado y aceptado por el Gobierno de Chile. No tardó mucho en ser preconizado Arzobispo el señor Casanova.

El nuevo Prelado rindió homenaje al Vicario Capitular que en condiciones tan difíciles había defendido los derechos de la Iglesia y administrado la Arquidiócesis con sabiduría y virtudes declaras. En Marzo de 1887, pocos meses después de su consagración, el Arzobispo Casanova aprobó por decreto especial los actos del Vicario Capitular, y le dió las gracias a nombre de la Iglesia. Poco después le confirmaba su confianza entregándole la Universidad Católica que a instancias suyas había fundado.

Es justicia reconocer al Presidente don José Manuel Balmaceda como un estadista que comprendió la necesidad de poner término a la perturbación de las conciencias y división de la sociedad chilena que con daños irreparables había provocado su antecesor.

El Arzobispo Casanova llegaba al Arzobispado en condiciones penosas, nó para la Iglesia en su organización interna que el Vicario Capitular Larraín Gandarillas había robustecido, pero si para la sociedad en general agitada por pasiones sectarias, recelos, desconfianzas e injusticias.

Tenía el nuevo Arzobispo una gran claridad de visión y un talento de hombre de Estado que hizo decir a muchos de sus contemporáneos que, si no hubiera sido sacerdote, habría llegado a ser Presidente de Chile. El solo anuncio de que había elegido como lema de su escudo una palabra de paz, "Pax Multa Diligentibus Legem Tuam", causó en el país un sentimiento de alivio. La personalidad del antiguo profesor de filoso-

fía del Instituto Nacional, el hábil polemista, el gran orador sagrado, el apostólico gobernador eclesiástico de Valparaíso a quien esa ciudad amaba y admiraba como pocas veces lo ha hecho con un alto funcionario eclesiástico, hasta el punto de que aun los protestantes residentes allí lo respetaban de respeto y estimación, se impuso desde la primera hora, a católicos y no católicos. La paz renacía.

Conocí al señor Casanova dos años después de su consagración. Se había publicado en una revista mis primeros ensayos literarios, pecados de juventud que por suerte han sido bien olvidados y espero que perdonados. Recibí de él una invitación para almorzar en su compañía.

Era un hombre de imponente figura y trato amenisimo. Una voz cálida, rostro de líneas correctas y viriles, ademanes de una natural elegancia; la majestad que parecía emanar de todos sus movimientos y sus palabras, hacia desde el primer instante la impresión de un hombre nacido para ejercer autoridad. Pero nada había en él de duro o rígido. Su conversación era el verdadero arte de ganarse las voluntades; sabía poner a su visitante en posición confortable para que sintiera confianza y abriera su alma; con flexibilidad admirable hablaba cada uno de lo que podía interesarle y llevaba la conversación al terreno que deseaba aprovechándola para influir en forma tan sutil, tan hábil, que nadie podía sentirse presionado, sino muy contento de estar de acuerdo.

En esa primera visita del muchacho de 17 años que jamás se había visto tan cerca de un Obispo, el señor Casanova me hizo una crítica benévola de mis pobres producciones, (una novela o cosa que pareciera a una novela); me dió consejos literarios, me preguntó por mis lecturas, habló de libros y tuvo la paciencia de oírme lo que entonces pensaba yo, fresco del Colegio de San Ignacio y repetidor más o menos fiel de lo que los jesuitas me habían enseñado. Y antes de que me retirara me preguntó si tenía permiso para leer libros prohibidos. Nunca se me había ocurrido la necesidad de este permiso. Cuando le contesté que no lo tenía, el Arzobispo dijo sonriendo con malicia: "Le voy a dar uno, porque se le figura que de otra manera los leerá sin permiso." Abrió un cajón de su mesa y llenó un formulario que firmó.

En los primeros años de gobierno, el señor Casanova vió al país sepultarse a los horrores de la guerra civil. Hizo hábiles

efuerzos para evitarla. Logró detenerla en 1890 por su mediación entre los partidos hostiles al Presidente Balmaceda y este magistrado. Pero no pudo impedir que en 1891 los dos bandos iniciaran la lucha armada. Vió pocas veces al Arzobispado durante ese período de ocho meses de guerra civil, pero me di cuenta de que sufría mucho, oraba sin cesar y velaba como un vigía sobre una alta torre para impedir, por lo menos, que la contienda comprometiera a la Iglesia y procuraba mantener una paternal imparcialidad y accechar siempre la ocasión de interponerse entre los encarnizados adversarios. Ese momento no llegó, pero la Iglesia no fué arrastrada a la **lucha**.

Cuando comencé mi labor de periodista en 1891, en un diario que se editaba en Concepción, solía escribir al Arzobispo que me había autorizado para ello, pidiéndole consejo. Un día me escribió estas palabras: "El periodismo hace escépticos. El espectáculo de la mudanza incesante de las opiniones denota cierta el espíritu del que no está robustecido por principios fundamentales y eternos. Oírás hablar mucho de incredulidad y de incrédulos; verás mucha indiferencia religiosa, y tal vez te parecerá que los indiferentes, entre los cuales hay a veces personas dignas por otros conceptos de respeto, lo hacen muy bien. Recurre siempre a la oración y la frecuencia de los sacramentos cuando te asalte la duda o te venga la frialdad al corazón. Me ha dicho el Padre Ginebra que recibe cartas tuyas. Guíate por sus consejos y no temas."

En los años posteriores el Arzobispo me dió pruebas constantes de su bondad. Fué entonces cuando llegué a ser uno de los visitantes de aquella quinta de la calle de Bellavista al P del San Cristóbal que el señor Casanovahabía adquirido huyendo del ruido del Palacio Arzobispal.

Muchas gentes creían entonces que el señor Casanova era un hombre con afición al lujo y a la ostentación. Los que así hablaban confundían dos cosas. El Arzobispo exigía que el culto fuera suntuoso y quería devolverle la majestad que había perdido en este país e iglesias pobres y en que, como buenos hijos de españoles, habíamos descuidado el rito litúrgico que todavía y a pesar de muchos laudables esfuerzos no hemos recuperado del todo. Se le veía majestuoso a él mismo rodeado de la pompa, severa y simbólica de la liturgia católica en todos los actos de él y se esforzaba porque en los templos ajustaran los oficios y ceremonias a las disposiciones de la Iglesia. Pero en su

vida privada era de una gran sencillez y de una distinción encantadora.

Tengo todavía en el alma el deslumbramiento que al muchacho periodista, pobre y desconocido, le causaban aquellas reuniones de la quinta arzobispal por donde desfilaban los hombres más ilustres de Chile. Allí conocí a don Carlos Walker Matrínez, don Eulogio Altamirano, don Zorobabel Rodríguez, don José Tocornal, don José María Barceló, y muchos otros estadistas, así como a los sacerdotes más ilustres de la época.

Tenía el señor Casanova el arte supremo de la conversación, un arte que ha muerto. En aquellos tiempos, cuando los hombres cultos se juntaban para la modesta función fisiológica que es el acto de comer, procuraban darle un carácter menos material y conversaban sobre temas amenos o profundos. Se había llegado en esto a exquisitos refinamientos. Sigo creyendo que era una manera de distinguirnos de los irracionales mucho más efectiva que la de bailar durante las comidas o aturdirse con los sonos de música de negros, como se acostumbra ahora.

El Arzobispo era un charlador brillante, con una memoria asombrosa para referir hechos curiosos y recordar anécdotas que sabía contar con ingenio. Había en el fondo de su charla una ironía bondadosa, incapaz de herir, pero que revelaba una fina comprensión de las debilidades humanas.

Su sentido artístico y su amor a la liturgia de la Iglesia Católica lo llevaron a una verdadera campaña para restaurar en Chile la música sagrada. Eran los tiempos en que se tocaban en las iglesias trozos de ópera. Yo mismo, cuando era colegial en un pueblo del sur, he contribuido al mes de María con trozos del Fausto de Gounod, en el violín, acompañado al piano, por mi maestro de música. El señor Casanova dió instrucciones, hizo circulares, amenazó a ciertos rectores de iglesia con retirarse de las ceremonias a que era invitado si en ellas se ejecutaba música profana. Dió el ejemplo organizando la capilla de cantores de la Catedral y dando a los oficios de la Iglesia metropolitana una pompa y una sinceridad litúrgica que no habían tenido jamás.

Algo análogo procuró hacer con la oratoria sagrada. La moda importada de España eran los discursos muy floridos, extremadamente cursis, sin sentido espiritual y hechos a fuerza de frases sonoras e imágenes de mal gusto. El gran orador que fué don José Hipólito Salas, el ejemplo del mismo señor Casanova y otros buenos oradores, no creaban escuela. El Arzobispo se esforzó, por

contener al menos los desbordes oratorios, fijó tiempo a los sermones y hubo ocasión en que hizo interrumpir al orador que, arrastrado por su entusiasmo o para decirlo con más exactitud, por no haberse preparado seriamente, seguía hablando después de tres cuartos de hora y no hallaba manera de aterrizar.

Las oraciones del Arzobispado Casanova quedarán entre los más bellos trozos de literatura sagrada de Chile, como quedarán sus pastorales para modelo literario en su género. Escribía con elegancia y corrección, y en un estilo lleno de dignidad y de majestad, inspirado en los clásicos españoles y franceses, tal vez más en estos últimos. No he conocido en nuestro país escritor u orador sagrado que supiera hacer un uso más feliz de las Escrituras. Sus citas entran en el discurso como parte integrante de él, y el oyente o lector apenas advierte el paso del texto a la cita, que es el supremo arte.

Si se me preguntara cuál era a mi juicio el mayor talento de don Mariano Casanova, diría que el talento político. Conocimiento de los hombres, visión de conjunto de los problemas más complicados, arte de las soluciones, conciencia de las posibilidades, flexibilidad en los puntos accidentales y rigidez en los esenciales, todo lo hacía un político hábil y de gran vuelo.

Su intervención en la cuestión de límites entre Chile y la República Argentina fué la de un hombre de Estado, sin dejar de ser la de un Obispo que quería evitar la lucha entre dos pueblos hermanos. Aprovechó su viaje a Buenos Aires al que había sido invitado para imponer el palio arzobispal al ilustre Prelado de ese país, señor Castellanos, y con sagacidad, con elocuencia, con espíritu de sincero americanismo y amor a su patria, logró un mejoramiento en las relaciones internacionales y preparó el camino para los futuros convenios. Entre los hombres que evitaron la guerra, la historia tendrá que mencionar antes que a nadie al Presidente don Federico Errázuriz Echaurren y al Arzobispo don Mariano Casanova.

A su regreso de Europa, a donde había ido por segunda vez para asistir al Concilio Latino Americano algunos jóvenes organizamos una manifestación hasta entonces no superada y que conmovió al Arzobispo. Hicimos desfilar por delante del Palacio Arzobispal a más de 3,000 niños de las escuelas católicas. El señor Casanova bendijo desde los balcones a la multitud de niños que llenaban gran parte de la Plaza. Era el Arzobispo de la educación católica. Desde las es-

cuelas primarias que multiplicó cuanto pudo, hasta la Universidad Católica que fundó, confiándola al más ilustre sacerdote de Chile, don Joaquín Larrain Gandarillas, todos los ramos de la educación recibieron de él un estímulo, un esfuerzo, una protección decidida.

De los hombres que yo traté en esa época creo que era el más penetrado de la doctrina de la Encíclica Rerum Novarum sobre la cuestión social. Es un hecho que en Chile, como en el resto del mundo, la enseñanza de León XIII no fué recibida con el caluroso entusiasmo que merecía por todos los católicos, y que aun entre el clero había muchos que parecían temerosos de que se fuera demasiado lejos si se tomara al pie de letra la palabra del Pontífice. El Arzobispo Casanova nos consoló muchas veces de la incompreensión de gente importante a los jóvenes que en un grupo pequeño, a cuya cabeza estaba el actual Rector de la Universidad Católica y uno de cuyos jefes era Juan Enrique Concha, habíamos fundado un patronato y nos reuníamos para comentar, para buscar la manera de aplicar, para vivir en suma la sublime Encíclica. La última conversación que tuve con el señor Casanova, enfermo ya, fué sobre la condición de los obreros de los campos en Chile. Recordaba algunas de sus conversaciones con don Francisco de Borja Echeverría, el animador intelectual, el maestro de todos los que aspirábamos a ocuparnos en el catolicismo social. El Arzobispado estaba triste, su espíritu se llenaba de inquietud con el pensamiento del abandono material y moral en que vivían nuestros trabajadores agrícolas; y en presencia de los primeros síntomas de la lucha social en las ciudades, las huelgas, las vueltas, la prédica demoledora, decía: "Dios libre a este país si algún día penetra esta propaganda en los campos donde estamos esperando que germinen todos los factores que pueden facilitarla."

Otros hablarán de la labor del señor Casanova en la organización de su Arquidiócesis, la multiplicación de las parroquias, el progreso del Seminario de Santigo, la disciplina del clero regular y secular, la administración de los bienes eclesíásticos, el Sínodo Diocesano, la difusión de la educación cristiana, y otras materias de ese género. Yo sólo he querido recordar lo que me vi a su lado, lo que vi con observación superficial de periodista, pero también con simpatía de quien le debía mucho afecto, había recibido de él muestras de paternal bondad.

No estarían completos estos recuerdos

si no dijera que en sus últimos años le causó al Arzobispo un vivo disgusto: publicó un artículo en que censuraba ásperamente la restauración de la Catedral de Santiago poco después de que mi compañero Joaquín Díaz García había publicado uno de esos geniales trozos de humorismo propios de su talento asombroso en que predecía que andando los tiempos unos sabios extranjeros descubrirían que debajo de la catedral de yeso y cemento había una noble iglesia de piedra, y entonces se gastarían otros tantos millones para rasparla y restablecerla en su estado primitivo.

¿Por qué el Arzobispo, que era hombre tan culto y de tan buen gusto se dejó seducir por un arquitecto extranjero autor de esa

desgraciada transformación? Nunca he acabado de entenderlo. Tal vez lo cegó su amor a la suntuosidad del templo de Dios y quiso hacer algo de rápida realización, más barato, más fácil que lo que habría sido el plan presentado por el alemán Isering que importaba la conclusión artística de la obra primitiva dentro de su carácter original. Su intención era noble. Él podía decir como en el Salmo: "Señor, he amado la belleza de tu casa y el lugar donde reside tu gloria." Entró en los medios y aun esto es cuestión de apreciaciones.

Debo agregar que el Arzobispo nos perdonó el atrevimiento de criticarle su obra. Era demasiado bondadoso. Pero la crítica le fue penosa.

Doctor Roberto Barahona

LA IGLESIA Y EL HUMANISMO

Significado histórico - filosófico del movimiento humanista

SUMARIO:

I. *Importancia y actualidad del tema.*

II. *La Iglesia y los estudios clásicos en los primeros siglos y durante la Edad Media.*

III. *El movimiento humanista; condiciones en que se produjo. Evolución cultural de los diversos tipos de humanistas. La novela del humanismo y sus consecuencias históricas y filosóficas.*

I.

Resulta a primera vista, un tanto extraño hablar en el siglo de la Ciencia experimental, de la Industria y de los Campeones de box, sobre algo que se nos aparece tan lejano y ajenó como el humanismo. Sin embargo, un análisis más profundo de las cosas, nos revela que la admiración de que gozan hoy los campeones de box, se debe a disposiciones de ánimo nacidas de un fenómeno que representa una trayectoria histórica determinada cuyo punto de partida no se encuentra en Madison Square Garden, donde lucharon Dempsey y Carpentier, sino en la Italia del 1400.

a sus

Y en efecto, espíritus sutiles, capaces de captar movimientos culturales, antes que se manifiesten en la realidad histórica, nos hacen saber que la desarticulada marcha del mundo moderno y la trágica desorganización que se advierte en los elementos que integran la vida económico-social, política y cultural de los pueblos, son la expresión de un proceso iniciado en los albores de la Edad Moderna, el Renacimiento, a cuyo fin asistimos hoy (1).

También entre nosotros, el humanismo es materia de discusiones, muy especialmente cuando se habla del problema educacional y se hacen valer argumentos en pro o en contra de la orientación científica o humanista de la enseñanza. Recientemente la cuestión ha sido

1) Pablo L. Landsberg. — La Edad Media y nosotros.

Nicolás Berdiaeff. — Una nueva Edad Media.

G. Kurth. — Qu'est-ce que le Moyen age?

V. A. Sorel. — L'Europe et la Révolution française.

Gebhart. — La Renaissance italienne et la philosophie de l'histoire.

Janet. — Historia de la ciencia política.

Gemelli. — Idee e battaglie per la cultura cattolica.

puesta de actualidad por la sincera publicación de Solar Correa (2), y por algunas críticas que se le han dirigido.

Las bases mismas de la Historia que estamos viviendo, las raíces hondas de la Filosofía actual y hasta problemas nacionales dependen, pues, de la dirección que le imprimió al mundo el movimiento humanista. No resulta, entonces, inútil una consideración, aunque somera, de las características que presentó dicho proceso. Tal es el objeto de este artículo, que sólo pretende esbozar las premisas, de las cuales surgirá una conclusión de provechosas enseñanzas.

II.

"Se comprenden bajo el nombre de humanismo todos los esfuerzos del período final de la Edad Media, dirigidos a resucitar la Literatura Antigua, considerándose esto como el prelude o primer acto del complejo cultural del Renacimiento." (3).

Sin embargo, los estudios clásicos no eran desconocidos para los cristianos medievales, como tampoco lo fueron para los que vivían en los primeros siglos de la Nueva Era. Esto se explica, si consideramos que el Cristianismo no representaba, frente a la vida y los sistemas imperantes, un simple conjunto de normas nuevas, como tampoco significaba "otra Religión" aparecida en Oriente. El Cristianismo era más que eso. Fué, desde el primer instante, un fenómeno de trascendencia universal, por cuya causa la Historia de la Tierra debió cambiar de rumbos. En este sentido, la aparición del Cristianismo representa una revolución colosal sin precedentes y que sólo podría compararse con la Creación del hombre o con el Juicio final.

La semilla que esparcían los rudos pescadores de Galilea, llevaba en su seno fecundo un germen arrollador, que, mirado únicamente con los ojos fríos de la crítica histórica, se presta a las más sugestivas interpretaciones. Imaginemos mentalmente un mapa universal, en el que vamos marcando con tinta, primero el núcleo de origen de cada una de las religiones conocidas y, luego, siguiendo de este modo su expansión. Veremos así manchar, que van creciendo— como el aceite sobre el papel— se van extendiendo hasta alcanzar ciertas dimensiones y luego se detienen; algu-

nas así perduran; otras hay que no logran siquiera mantenerse, sino disminuyen y aun son muchas las que desaparecen. Antes de aplicar este método al Cristianismo, observemos que todas las creencias religiosas presentan, cual más, cual menos, en nuestro mapa una distribución localizada, ya a regiones, a razas o a culturas: son fenómenos parciales. Procedamos ahora a seguir en el mapa la historia de la extensión del Cristianismo y veremos, una vez finalizada la tarea, que el globo terrestre se encuentra envuelto en una red tupidísima, que llega a todos los rincones, por apartados que ellos sean. He aquí realizado el verdadero Reino Universal en cuyos dominios no se pone el sol. He aquí comprobada la exclamación del emperador Juliano agonizante: "Venciste, pálido Galileo."

Una idea de tal valor no podía vivir mucho tiempo limitada a los pueblos palestinos y vemos, por esto, a Pedro cambia simbólicamente su barca del Tiberiades por la Sede espiritual de Roma, capital en dicha época de un Imperio que gobernaba el mundo. Tampoco podía ser indiferente para el Cristianismo la vieja cultura, pues esta representaba un período vivido por la humanidad y en ella debían encontrarse signos de la bondad divina. Dueña del porvenir, como idea universal, la doctrina de Cristo tenía derecho al pasado.

No opinaron sobre esta cuestión de igual manera todos los primeros cristianos. Desde un comienzo, lucharon dos tendencias opuestas, que, en cierto modo, conservan hasta nuestros días sus partidarios. Uno estaba convencido que mediaban infinita distancia entre lo divino y lo terreno y proponían un apartamiento total del mundo, para escapar en lo posible de su contacto y evitar el pecado, no perdiendo la comunión íntima del alma con Dios. Este punto de vista se aplicaba también al arte, la literatura y la cultura antigua, que expresaban fuertemente las fuerzas del mundo. (4) En el siglo II, por ejemplo, el asirio Taciano, discípulo de San Justino, mártir, como también el africano Tertuliano veían en la filosofía griega la fuente de todas las herejías y pensaban que exponían al intelectualismo o concepción racionalista del dogma: "Cuando creemos, no necesitamos otra cosa que la fe." Teófilo, obispo de Antioquía, afirmaba que las disertaciones de los filósofos, de los poetas e historiadores parecen dignas de ser

2) E. Solar Correa. — La muerte del humanismo en Chile.

3) Robert F. Arnold. — Cultura del Renacimiento.

4) A. Ledemann. — Historia de la cultura latino-cristiana.

adornos de estilo, pero que su fondo es vacío e insensato.

Todo esto es explicable. "En los primeros siglos del Imperio, a fuerza de complacerse en los juegos trivializados del espíritu, en las inagotables gentilezas de las amplificaciones oratorias, la literatura romana, la literatura greco-romana, había perdido en gran parte el sentido de la realidad y el gusto por lo verdadero. Es la época en que triunfa la retórica, la neosofística cuya extraña seducción penetra todos los dominios del pensamiento y asigna como fin supremo a los espíritus las paradojas hábilmente deducidas, los temas escolares ricamente desarrollados y las astucias del estilo. En una sociedad embriagada de literatura y deshabitada de la verdad, el Cristianismo apareció, vuelto por completo hacia la vida interior, apasionadamente convencido de lo serio de la vida humana, de la importancia trágica del destino y muy lejos de considerar las ideas como simples entretenimientos dialécticos." (5). Cuando el violento cartaginés Tertuliano preguntaba "¿qué tiene que ver Atena con Jerusalén? ¿la Academia con la Iglesia? ¿se debía seguir fielmente la línea trazada por San Pablo, que decía: "Porque no me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el evangelio y a predicarle sin valerme para eso de elocuencia de palabras o discursos de sabiduría humana, para que no se haga inútil la cruz de Jesucristo. . . Así está escrito: Destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé la prudencia de los prudentes. ¿Dónde están los sabios? ¿Dónde los escritores o doctores de la ley? ¿Dónde esos espíritus curiosos de las ciencias de este mundo? ¿No es verdad que Dios ha convencido de fatua la sabiduría de este mundo?" (6).

Pero la doctrina de trascendencia universal no podía ir tras un grupo selecto, como el que pretendía alejarse de lo terreno. El Cristianismo llamaba a todos los hombres a su seno, no representaba una negación de lo existente, sino una superación de lo mundano, derivando así desde un principio la riqueza de su contenido, que inspiró más tarde santos tan grandes y distintos como San Francisco de Asís, Santo Tomás de Aquino, Santo Domingo de Guzmán y San Ignacio de Loyola.

Se surgió, pues, simultáneamente una corriente de defensores de la Antigüedad. El

propio San Pablo reconocía que la razón natural era capaz de conocer a Dios y a la ley moral, cuando afirmaba de los gentiles "que tienen aprisionada injustamente la verdad de Dios: puesto que ellos han conocido claramente lo que se puede conocer de Dios."

(7). Forman en estas filas los Apologistas, valerosos hombres de acción que acometieron la empresa de convertir a los pueblos paganos, para lo cual necesitaban poseer el prestigio de una sólida cultura. Descolló entre ellos San Justino, ya citado, del que se ha podido decir que "no naturaliza la fe ni la gracia, sino que sobrenaturaliza la razón". En el segundo siglo, brillan también como partidarios de las provechosas enseñanzas que la Antigüedad era capaz de proporcionar, Clemente de Alejandría y, especialmente Orígenes. El primero escribía estas frases, que volveremos a encontrar muchos siglos más tarde en Petrarca: "La filosofía gentilica no perjudica a la vida cristiana, y la calumnian aquellos que la presentan como una oficina del error y de las malas costumbres; pues fué la luz, la imagen de la verdad y el don que Dios concedió a los griegos; la cual, muy lejos de perjudicar a la verdad como una fascinación vacía, nos proporciona más bien un nuevo baluarte de la verdad, y ayuda, como una ciencia hermana, a fundar la fe sólidamente. La Filosofía educó a los griegos, como la Ley a los judíos para llevar a unos y a otros a Cristo. . . Pero, por cuanto los gentiles mezclan lo verdadero con lo falso, es preciso tomar la sabiduría de sus filósofos con la precaución con que se cortan las rosas de entre las espinas."

También de la Escuela alejandrina, Orígenes comparte esta simpatía por la sabiduría de los antiguos. Su gran cultura, fundada en el conocimiento de Platón, lo llevó a plantear el problema de la fe y la sabiduría en términos que se alejaban considerablemente hasta entonces por la teología cristiana, lo que le valió no pocas dificultades.

El avance del Cristianismo durante los primeros siglos llevó al seno de la Iglesia a numerosos hombres cultos, grandes conocedores de las letras griegas y latinas, hombres que, al convertirse, siguieron aplicando su sabiduría al servicio de la verdad descubierta. Esto y, por otra parte, la falta de escuelas cristianas, que obligaba muchas veces a los

de Labriolle. — Histoire de la littérature latine-chrétienne
br., I, 17-20.

7) Rom., I, 18-20. Véase también los versículos siguientes, como además, Philip., IV, 8.

fieles a educar a sus hijos en las escuelas paganas existentes, (8) completando ellos mismos la enseñanza de la doctrina cristiana, fué lentamente anulando la Antigüedad, en lo que tenía de eterno e inmutable, con la Nueva Era que nacía. Grandes santos, lumbreras de los primeros siglos, como San Basilio el Grande, su hermano San Gregorio de Nyssa y el íntimo amigo de ambos, San Gregorio Nacianceno, estudiaron en las escuelas paganas de Atenas y bebieron en sus fuentes la ciencia de los más célebres autores antiguos. Así se explica que San Basilio, en su "Oración a los adolescentes cristianos sobre el buen uso de los clásicos gentílicos" recomiende el estudio de los maestros paganos porque "son como una preparación a las Sagradas letras, que por demasiado elevadas no se pueden entender desde un principio." (9).

Es, sin embargo, San Agustín, en los siglos cuarto y quinto, el hombre que vió con mayor claridad la relación entre la nueva concepción universal cristiana y el sistema del mundo pagano. Fué este brillante retórico de Cartago y Roma, convertido por San Ambrosio, quien comprendió en toda su profundidad el significado del paganismo y de la grandeza del Imperio y señaló en "La Ciudad de Dios" las razones de su fracaso en el intento de dar la felicidad a los hombres. (10).

Estos datos, someramente esbozados y para cuya extensión enviamos al lector a la bibliografía adjunta, nos permiten establecer que, en los primeros siglos, el Cristianismo estaba muy lejos de desconocer o de menos-

preciar las letras clásicas. Más aún, tomó con gran acierto, tomando de lo que contenían de bueno y de verdaderamente vital: teniendo siempre como trabajo la gloria de Dios y la predicación del Evangelio.

Tampoco se extinguió la influencia de la Antigüedad durante la Edad Media. Por el contrario, fué el Cristianismo que, en la cultura greco-romana, después de la caída del Imperio occidental, en el siglo quinto, contribuyeron dos fenómenos de gran importancia histórica. Por una parte, la duración del Imperio bizantino, y la Cristiandad europea oriental, de origen griego, cuya lengua y literatura, en sus libros y documentos, conservó la tradición clásica, con gran animación a lo largo de los siglos. Durante diez largos siglos, hasta el siglo XV, cuando el Renacimiento había desplegado ya su actividad, por otra parte, la desaparición de la cultura clásica no destruyó las tradiciones que conservó en su organización política: las grandes ciudades del Imperio continuaron siendo sedes de cultura, cuya cabeza se colocaba la Ciudad de Dios, el Supremo Pontífice; la liturgia, la diplomacia y los documentos conservaron siempre el uso del latín "circumscriptum"—anota Arnold— para reconocer los vínculos que existían entre los tiempos antiguos con los siglos modernos. Estos eran tan hondos estos vínculos que, en la continuidad histórica, que toda la cultura de la Antigüedad, de la que nosotros disfrutamos todavía en el Occidente mientras el Imperio se veían invadidos por los bárbaros germanos. Esta tarea magna, sobrecargada, llevó a cabo en aquellos siglos la Iglesia; su término fué la caída de los pueblos bárbaros y la conquista de ellos a la cultura occidental. Los bárbaros representaron un nuevo aporte a la cultura que la Providencia divina tenía en mente para construir un período de la Historia que duró hasta entonces. La latinización de las razas fué labor ardua; pero, una vez terminada, tuvo momentos de increíble actividad. Fueron el movimiento cultural en Irlanda, la obra de Basilio el Grande en la corte ostrogoda

- 8) A. Messer. — Historia de la Pedagogía.
- 9) Gastón Boissier. — La fin du paganisme. Sobre esta materia, es de gran utilidad H. Jacoby: Die klassische Bildung und die alte Kirche.
- 10) Son numerosas las frases en que San Agustín reconoce el gran valor de la cultura antigua, no sólo como preparatoria para la comprensión de la fe cristiana, sino también como indispensable para el sacerdote que trabaja en la propagación de la Religión. Declaraciones en este sentido, se encuentran en las "Confesiones", "Ciudad de Dios" y muy especialmente en "De doctrina Christiana", obra que no he podido consultar personalmente, pero a la que se hacen numerosas referencias en el estudio de P. Battifol: "Le catholicisme de Saint Augustin".

11) K. Roth. — Historia y Geografía del Imperio Bizantino.

almente, la de San Isidoro de reino visigodo. Más tarde, en vevo, bajo Carlomagno, los Otoufen, los estudios clásicos expenuevos y grandes avances por la e los gobernantes cristianos.

termina aquí el proceso cultural de ico-romana.

iglo XI, hubo una febril activivo más tarde su consecuencia er de numerosas universidades y en nimiento de la Escolástica, hija lea filosofía aristotélica. Podemos es, con Menéndez Pelayo que "el ico ya regenerado por el influjo e espíritu de ley, de unidad, e continúa viviendo en la oscuri- siglos medios, e informa en los mediodía toda civilización que en esencial es civilización romana o, como por la ciencia y el ar-

III.

se mira la cultura de la humani- ano sin relieve de la crónica, ella nta como una fotografía, donde bres e ideas, unos tras otros, en amente temporal; pero no encon- ones que nos expliquen lo que ni vemos la influencia que cier- ueden ejercer en el futuro. Con cambio, con el prisma de la crí- ativa, la historia adquiere una sión: los seres se mueven y sus sobreviven a los individuos y xistencias de los hombres y ligan sí nacen los procesos históricos: erecer, desarrollarse, cambiar de gnarse y revivir más tarde con s y nuevos bríos.

Medía poseía una cultura cris- ente fundada por obra de sus enes, San Agustín, San Al- anto Tomás, etc., y vincula- universales de la Antigüedad cha cultura, como cuerpo vi- siempre de salud perfecta. Junto lantes en que florecieron inge- ramente griegos, hubo de sufrir y difíciles, períodos de pobreza logró salvar gracias a la vitali- su contenido ideológico.

o XV, la cultura medioeval pa- de tales fases. Los triunfos al-

canzados por la Escolástica en el siglo anterior no encontraron espíritus capaces de conservarlos; Guillermo de Occam había desviado la recta dirección de la filosofía; el pensamiento había decaído considerablemente y se abandona con increíble desacierto la forma de expresión; los escritos de los clásicos se cubrían de polvo en los monasterios.

Contra esta situación, se produjo un movimiento, cuyos iniciadores fueron Petrarca y Boccaccio, que tendía a despertar nuevamente el gusto por el estudio de la Antigüedad y el cultivo de la forma elegante. Este movimiento, origen de lo que después constituyó el humanismo, fué en un comienzo cristiano. Tanto Petrarca como Boccaccio fueron creyentes. El primero, en especial, estableció con gran claridad la tendencia del nuevo empuje que había dado a la cultura y su situación frente a los clásicos. Por encima de la sabiduría griega, colocaba él los misterios cristianos. "Sólo entonces se puede amar las escuelas de los filósofos y consentir con ellas — escribe — cuando no nos separan de la verdad ni nos apartan de nuestro supremo fin. Si alguno se atreviera a intentar esto, aunque fuera Platón o Aristóteles, Varrón o Cicerón, deberíamos con libre constancia despreciarlo y pisotearlo. Ninguna agudeza de la argumentación, ninguna gracia del lenguaje, ninguna celebridad de los nombres puede extraviarnos; a pesar de todo, ellos fueron solamente hombres, eruditos hasta donde alcanza la investigación humana, brillantes por su elocuencia, favorecidos con los dones naturales; pero dignos de compasión por carecer del soberano e inefable bien; y porque solamente confiaron en sus propias fuerzas, y no se afanaron por llegar a la verdadera luz, cayeron muchas veces a manera de ciegos. Admirémos, pues, los dones de su ingenio; pero de tal manera que adoremos al Creador de los mismos dones. Compadezcámonos de los errores de aquellos hombres, y felicitémonos, al mismo tiempo, reconociendo que por gracia y sin nuestro merecimiento hemos sido antepuestos a nuestros predecesores, por Aquél que esconde sus misterios a los sabios y los descubre graciosamente a los pequeñuelos. Filosofemos de tal manera, que amemos la verdadera sabiduría; mas la verdadera sabiduría de Dios es Cristo; y para filosofar de verdad debemos ante todas las cosas amarle y adorarle. Ante todo hemos de ser cristianos y, esto supuesto, seamos después lo que nos plugiere." (13).

Boccaccio llevó en su juventud una vida licenciosa y sus escritos, especialmente, *Corbaccio* y *Decamerone* se distinguen por una obscenidad, exaltación del placer y anticlericalismo, que contrastaban de modo notable con su contemporáneo Petrarca. Sin embargo, nunca fué incrédulo y, después de su regeneración, se impuso la tarea de reparar el daño que causaron sus escritos anteriores, planteando con firmeza el problema de la fe y la ciencia y valorando justamente el alcance limitado de ésta. (14).

La dirección que Petrarca y Boccaccio imprimieron a los estudios prosperó con rapidez y se vió favorecida por innumerables descubrimientos de originales clásicos, desconocidos hasta entonces. El culto por la forma, por la expresión elegante y cuidada, alcanzó un favor desmedido; pero en el siglo XV fueron pocos los que se mantuvieron en la verdadera posición que anhelaba el gran florentino. Los nombres de Gianozzo Manetti, Ambrosio Traversari, Maffeo Vegio, Tomás Parentucelli y, por encima de todos, el de Victorino da Feltre (15) nos indican que los llamados humanistas cristianos forman con Petrarca un sólo cuerpo cultural, el que representa a su vez uno de los muchos períodos gloriosos del intelecto medioeval (16). Estos hombres, grandes por sus virtudes y eminentes por su saber, jamás se apartaron del Cristianismo en sus escritos ni en sus vidas y pusieron siempre sus empeños al servicio de la causa de Dios.

Desgraciadamente, el amor a la Antigüedad, despertado con nobles fines, "recibió, no obstante, por las circunstancias de la época, una peculiar coloración y figura; pues incurrió en aquel triste período de casi universal efervescencia, y entibamiento de la vida cristiana, que se anunció desde principios del siglo XIV con la debilitación de la autoridad pontificia y el aseglaramiento del clero, la decadencia de la Filosofía y Teología escolásticas y la horrible confusión de la vida civil y política. Los perniciosos elementos que contiene sin duda la antigua literatura, se brindaban a una generación sobreexcitada

espiritual e intelectualmente, y conceptos desequilibrada; a lo que se suma que la reacción contra la negligencia en los últimos tiempos de la Edad Media, fué tan lejos que, al descuido, se envolvió en un círculo su mismo contenido; ante una filosofía peripatética, que se habia vuelto íntimamente con el dogma." (17)

Esta circunstancia no debe interpretarse como una crítica, sino como una victoria del proceso que se iba realizando.

La Edad Media es la época de excelencia de la historia. En aquella época la sociedad estaba impregnada de espiritualidad; pero no rígida, ni rutinaria, vaga y se trataba de espiritualidad cristiana que significaba una organización dotada de una vida que los procesos particulares sobre el complejo total, elevándose y desarrollándose. Pues bien, en los tiempos que ocupan, la vida espiritual del mundo de la Iglesia se había debilitado y la vida era tan grave e intensa que se trataba a comprometer la santidad de la vida romana. Esta verdadera enfermedad mística causó el rompimiento de la tradición medieval, cuyas consecuencias sufrieron los hombres del siglo XV.

En los primeros tiempos, los valores de la cultura clásica se limitaban al aspecto formal y exterior, y no a la profundidad. Análogos movimientos se presentaron, repetimos, desde la Edad Media; pero en éstos se cultivaban los valores greco-latina como valores puramente humanos y, por lo tanto, limitados, compatibles con la concepción del mundo. En el siglo XV, la cultura clásica y la débil espiritualidad impusieron el clima apropiado para que los antiguos no sólo lo cristianizaran, sino también lo típican. Se comenzó por considerar la cultura clásica como un ideal absoluto, una finalidad; se continuó por admitir como medida de la vida humana y, por prudentes y sabios consejos de Petrarca, "se llegó a la oposición entre las enseñanzas y la moral cristianas y las instituciones eclesiásticas." (3)

Tan grave rebelión no se previó ni fué tampoco concebida por los que se entregaron a la cultura humanista. Hubo, sin embargo,

14) J. Burckhardt. — *Geschichte der Renaissance in Italien*.

15) E. Müntz. — *Les précurseurs de la Renaissance*.

16) G. Voigt. — *Die Wiederbelebung des klassischen Altertums*. Esta es una obra que debe consultarse, junto con la de Burckhardt, quien desee conocer la esencia del Renacimiento.

17) L. Pastor. — *Historia de la Iglesia*.

con claridad y lo expresó con ni-
 . Ese hombre fué Lorenzo Valla.
 lo que flotaba en el ambiente y,
 despertó severas protestas, sus
 amigos practicaban lo que en él
 denado. "Lo que la naturaleza
 formó no puede dejar de ser lau-
 to. La naturaleza es lo mismo, o
 isma cosa, que Dios. El fin de
 gozar de los bienes de la natura-
 la su extensión." (18). Tal es,
 el ideario de Valla y con él el d'i-
 o. Su parentesco con Epicuro no
 es y su proyección ulterior —
 Rousseau — aparece también

individuos, como Antonio Becca-
 del "Hermaphroditus", Poggio
 y Filelfo, subrayaron con el ejem-
 plar y con sus escritos la doctri-
 na; pero el grueso de los humanis-
 tás estaban más moderados y pre-
 ocupados en lo externo, aunque en
 terno indiferentes.

El cristianismo profesado por el hom-
 bre del XV es un credo limitado; ofre-
 ce analogías con el que estamos
 acostumbrados a conocer en la masa de los
 siglos anteriores. Para el intelectual o el ar-
 tista, el Renacimiento, la Antigüedad era un
 modelo y perfecto, digno en sí mismo
 de inspirar un sistema de vida.
 La ideología significaba una rup-
 tura, una solución de continuidad
 con la Edad Media. En ésta hubo errores y
 los genios cometieron también pe-
 cados; el pecado se reconocía como mal-
 icia. La generación renacentis-

ta, en cambio, en su afán de comprender el
 paganismo, llegó a negar el pecado.

No es, pues, el amor a la Antigüedad lo
 que caracteriza al humanismo, ya que la
 Edad Media vivió también amándola. La
 novedad del movimiento humanista radica
 en un amor a la Antigüedad por ella misma.
 Por esto, el término "renacimiento" con que
 se designa la floración artística y literaria de
 la época siguiente es en cierta manera, ade-
 cuado. Se trata realmente de una resurrección
 del paganismo, efectuada, eso sí, a cos-
 ta de la destrucción del ideal cristiano sus-
 tentado por la Edad Media.

Mientras el hombre medieval era, antes
 que nada, espiritualista y de cultura social; el
 humanista fué naturalista (antecesor del ma-
 terialismo moderno) y de cultura puramente
 individual (germen del que originó la filo-
 sofía liberal del siglo XVIII).

Históricamente, no debería ligarse, en-
 tonces, el Renacimiento del siglo XIV, cuyo
 padre fué Petrarca, con el que ocurrió en los
 siglos XV y XVI, engendrado, inadvertida-
 mente quizás, por Valla. El primero perte-
 nece todavía a la Gran Edad Cristiana y re-
 presenta uno de sus muchos períodos de au-
 ge; el segundo, al revés, está en abierta pug-
 na con la Edad Media y es el punto de par-
 tida de la llamada Edad Moderna.

Los grandes artistas del Renacimiento no
 supieron qué fuerzas colosales luchaban en lo
 íntimo de sus mentes; sólo el gran poder de
 la tradición de la Iglesia, ya degenerado en
 simple costumbre, los hizo realizar obras
 cristianas; pero este desdoblamiento, tan evi-
 dente en Boticelli, se fué debilitando por
 el predominio de la fuerza natural sobre la es-
 piritual, proceso que alcanzó su mayor al-
 tura durante el siglo XIX.

Esta cita está tomada del escrito de
 "Sobre el placer".



Fernando Vives Solar

Igualdad Civil

La igualdad de todos los ciudadanos ante la ley es principio mo- las constituciones antiguas se inspiraban en principios contrarios: supi- de una clase dirigente sobre una clase dirigida, de una nobleza heredita- única admitida a los cargos públicos, en oposición a una plebe excluida- naturaleza, de funciones públicas. Esta desigualdad parece haber sido re- do de la conquista. Para consolidar su victoria, los vencedores se apode- de la dirección de los vencidos y los trataban como raza caída, a qu- suerte de las armas les había quitado todos los derechos. La nación- estaba constituida en adelante por dos "sangres" de distinta dignidad- las cuales estaba prohibido muchas veces el matrimonio): la una esta- mada a mandar y la otra a obedecer y trabajar. Implacable con la raza- vizada, la ley sabía tener sus contemplaciones con los delitos de los s- La desigualdad de tratamiento la estudiamos muy claramente en el vi- digo de Summourabi, donde está perfectamente marcada esta diferen- trato.

El pueblo asirio está dividido en tres grados: el hombre libre (quistador), el mouchkinon (antiguo señor del país) y el esclavo (qu- pertenecer a uno o a otro). Un simple ejemplo demuestra la diferencia- niveles sociales. La ley del talión, que se aplica con perfecta igualdad- personas de una misma clase, se inclina en contra de la clase inferior- sencia de la superior. "Si un hombre, dice, ha reventado el ojo de un- libre, se le reventará un ojo; si ha quebrado un hueso de un hombre li- quebrará el suyo; si es a un mouchkinon a quien ha reventado un ojo- brado un hueso, pagará una suma de dinero; si es a un esclavo de un h- libre a quien se ha reventado un ojo o quebrado un hueso, pagará la- del valor del esclavo" (Art. 196-199). No se podría afirmar más net- la desigualdad en el precio de las personas.

En términos parecidos encontramos la misma supremacía en el- tano con respecto al ilota, del quirite sobre el latino, del francés sobre- lo, del inglés sobre el irlandés, privilegios para la casta vencedora que s- llamada a dirigir y sujeción de los vencidos a quienes se declara inepto- adquirir mando.

En la noche famosa del 4 de Agosto de 1789, la nobleza de Fra- nunció solemnemente a sus privilegios: lo hizo espontáneamente y- mente, reconociendo que las excepciones que continuaba gozando no- el fruto de servicios pasados. El antiguo régimen se clausuraba por la- ción de clases y la proclamación de la igualdad civil. Declaración hast- punto teórica, cuya aplicación después de esfuerzos continuos, choc- con grandes dificultades. Su portada era ante todo negativa: dejaba e- nocer la prerrogativa de la sangre, la supremacía jurídica de la raza. dadero nombre más que igualdad debería ser homogeneidad, ident- equivalencia de origen. La ley no era ya aceptadora de personas o a lo- no guardaba consideraciones especiales al nacimiento. Declara en cor- cia que todos los cargos son accesibles a todos en proporción a sus méri- sonales, todos están sometidos a las mismas contribuciones y sopo- mimos castigos.

En abstracto este principio no encuentra contradictor declarad- en la práctica ha levantado serias objeciones que obligan al moralist- las cosas en su punto.

Viene, con todo, como traído de la mano y como excepción a

eriormente recordar la situación en que quedaron colocados los ne-
 Estados Unidos, a quienes como antiguos esclavos no querían reco-
 os derechos que como a hombres ya libres les correspondían dentro
 la república igualitaria y democrática. ¿Qué diremos del concepto que
 Estados españoles se formaron de los indígenas americanos, los que
 partidos como formando parte del suelo? Podría ser ésta materia de
 culo.

Objeciones que se podrán imponer nacen del inevitable conflicto en-
 eal, en qu etodo es simple, perfecto, absoluto, y lo real, donde to-
 mplejo, relativo, imperfecto. Si en la realidad los hombres fuesen
 te semejantes e incambiables (como los fósforos de una misma
 ninguna dificultad surgiría, la igualdad de derecho coincidiría natural-
 on la igualdad de hecho. Pero es claro que la realidad humana es muy

A la *igualdad de derecho*, que arrastraría lógicamente la semejanza
 de los cargos tanto como la de los derechos, se oponen una dispa-
 ológica fundamental, la dualidad de sexos, y en cada uno de ellos
 ades inevitables de edad, de vigor, de inteligencia, de aptitudes de
 ses, que obligan al legislador a transformar la igualdad en una
 onalidad *equitativa*. Exceptuar a las mujeres del servicio militar y
 das cargas que se imponen a los hombres, no es hacerlas gozar de un
 o, es reconocer que ellas tienen una función a lo menos equivalente
 ridad) que el hombre no tiene, y se pecaría contra la justa reparti-
 rgas al imponer a las mujeres el doble que a los hombres, teniendo
 ue la milicia es incompatible con los menesteres del hogar. Para ser
 hombre y la mujer no tienen que hacer las mismas cosas, sino parti-
 odo equitativo funciones complementarias. Si en algunos países
 mantenimiento de la familia es cuidado predominante, la mujer no
 ada a participar de cargos políticos, no debe ser porque se le juzgue
 de cumplirlos; es porque se juzga que el ejercicio efectivo de esos car-
 uede convenir por excepción a una mujer soltera o sin hijos, no pue-
 peligro, tomars como regla general, es decir, que conviene a una ma-
 numerosa familia. Entre los dos sexos no hay desigualdad de valor mo-
 dignidad, sino diversidad parcial de funciones y de aptitudes. La
 o consiste en confundirlas, sino en armonizarlas de tal manera que
 e la vida esté igualmente repartido. No sería tampoco conocedor pri-
 un niño porque no se le castiga con las mismas penas que a un adulto.
 o a un régimen tan descabellado como al liberal se le ocurre, en prin-
 o menos, declarar la igualdad de derechos para la participación de la
 ica. Dejar entregado al voto anónimo el cuidado de investir para
 levados cargos públicos, es absurdo tan fenomenal que ahora nos es
 o haya cabido en cabeza humana.

rausa de este mal ha sido en olvidar que el bien público es el primer
 el Estado, y que es con relación a este bien el llamado que debe ha-
 os individuos. para investir a uno de ellos de una función social, no
 nsiderar, es verdad, ni el nacimiento, ni la fortuna, sino deberá in-
 los méritos y aptitudes. A esto corresponden los exámenes y concu-
 o la prueba abierta a todos no se desprecia el derecho de nadie; y al
 empo el bien común es tomado en cuenta en primera línea, puesto
 ás apto será así designado aun tomando precauciones la realidad nos
 e se filtra el favoritismo, y bajo la máscara de una prueba pública
 clara imparcial, el parentesco, la riqueza, las influencias políticas,
 mbrar a uno menos digno o aun incapaz: ésta es la verdadera desi-
 he ahí un verdadero atentado contra los concurrentes, y un prejuicio
 cosa pública, puesto que su interés se ha sacrificado a consideracio-
 nales.

o favoritismo lo han conocido todos los regimenes pero el sistema de-
 o ha batido el record. Los compromisos electorales obligan a can-

didatos triunfantes a colocar a sus electores y a tomar en cuenta las recitaciones por venir de sus amigos políticos antes que las condiciones que hagan aptos para los puestos. Estos procedimientos son los que invitan al pírirus y los impulsan a la revuelta.

El pueblo es más celoso de la igualdad que de la libertad. Si la envidia que pesa sobre él está repartida igualmente sobre todos, la soportar mucho tiempo, pero si ve injusticia en la repartición de las cargas, no lo puede tolerar.

Recordemos el sistema obscuro que la democracia ateniense impuso durante algún tiempo en la elección de sus propios guías: ningún examen, ninguna consideración de aptitudes y de méritos, ni aún sufragio universal, que ningún ciudadano tuviese seguridades que otro se sacaría a la suerte del nombre de los que habían de desempeñar cargos. Es la casualidad la que a un ciudadano cualquiera general o magistrado. Toda la ciudad padecía por la envidia estaba satisfecha hasta que le venían celos de aquel a cuyo el destino había favorecido.

Antonio Cifuentes

EL REALISMO CRISTIANO

El Cristianismo nada tiene que ver con los falsos idealismos del siglo XIX. Al contrario el Cristianismo es realista, no tiene nada de esas ideas y utopismos tan frecuentes en la época moderna. Sin embargo el Cristianismo no es realista en el sentido del maquiavelismo moral o político, dando como un hecho el pecado, lo acepta y pretende que la realidad no es sino un nombre vano.

El realismo cristiano parte de la base de que el pecado ha desordenado la naturaleza humana y el orden del mundo, y que ni aun en el estado de gracia y adornada de las virtudes, nuestra alma se repone a la primitiva integridad de Adán antes del pecado. El estado del cristiano en esta vida es un estado de lucha, de combate. "La vida del hombre en la tierra es una guerra", nos advierte la Escritura. Y Jesús, después de haber hablado del amor añade: "Nos penséis que yo he venido a traer la paz sino la guerra."

¿Cómo se explica esta actitud, a primera vista paradójica?

El análisis del amor—médula de la ética cristiana—nos dará la explicación.

El amor cristiano no se confunde con la idea de fraternidad o con el humanitarismo filosófico, basado en la semejanza de hombre a hombre. El amor cristiano no es un principio humanitario, es una exigencia de amor a Dios, del Orden sobrenatural. La caridad no se basa en el individuo sino en la Iglesia. Si se basara en el individuo y en sus valores no tendríamos ningún sentido amar a un enemigo, a un malvado, o a un leproso. Tampoco la caridad es el sentimiento *natural* de simpatía humana o el semejante, sentimiento de un orden puramente sensible que da origen a la filantropía. No, la caridad no se basa ni en el valor individual del ser humano, ni en un sentimiento filantrópico y sensible por lo humano. La caridad cristiana para poder entenderla rectamente, es necesario partir de la Iglesia, la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo. Amamos al prójimo por ser miembro del Cuerpo de Cristo, por ser cosa de Cristo. Es decir, amamos lo divino que hay en el prójimo, amamos a Dios a través del prójimo. Eso es la caridad cristiana. Se me podría contestar que el prójimo sumido en pecado no puede ser Cristo, puesto que no tiene la gracia. No lo posee *de hecho*, pero *de derecho*, aun el mismo pecador es cosa de Cristo, puesto que él lo ha

su sacrificio, y le ha dado esperanza de llegar a ser hijo de Dios y le da la confesión como el medio apto para salir de su miseria. *De derecho* no *de hecho*—toda la humanidad es de Cristo porque el sacrificio varió redimió a toda la naturaleza humana.

Nuestro amor al prójimo está dirigido a que ese estado de derecho se da en un estado de hecho, a que por nuestro amor—un amor de in- puramente espiritual— el pecador se convierta a esa cosa única que

falta: Cristo. De esta manera se explican las frases de Pablo: "Com- n mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo, para su Cuerpo la Iglesia."

sólo después de las separaciones individuales se comprende que el senti- uino de la caridad sea reducido, o a una expresión de ella: la limosna; sentimiento filantrópico de un orden puramente natural.

amor cristiano no se puede comprender sino partiendo de los dogmas os: la filiación adoptiva en Cristo Jesús, de todos los hombres, y la iación divina de la Iglesia como Cuerpo Místico de Cristo. Al perdistista el genuino sentido del amor cristiano por un olvido de la relación e con el dogma del Cuerpo Místico de Cristo, el precepto del amor al y aun al enemigo, es falseado completamente. Al perderse de vista n sobrenatural por la cual debemos amar aun a nuestros enemigos, se ue el precepto de Cristo prescribía el no tener enemigos; lo cual es implemente de la realidad.

El mandamiento paradójico del amor a los enemigos— ha escrito Max — no tiene nada que ver con el moderno "abajo las armas", ni es un encomio de aquellas naturalezas que son incapaces de hostilidad de la constitución misma de sus instintos; como las que Nietzsche lla- mesticadas reses modernas". Por el contrario la predicación del amor e enemigos, implica que hay hostilidad, que hay en la naturaleza huma- las constitutivas imposible de transformar históricamente y que con- necesariamente, en ocasiones, a la hostilidad. Lo único que se exige es mbién el verdadero y auténtico enemigo, conocido de mí como tal, nigo a quien combato con los legítimos medios a mi disposición, sea mano en el reino de Dios, que en la lucha no haya odio y particular- ese último odio que conspira contra la salvación misma. Lo valioso no e la anulación de los impulsos vengativos de los instintos ambiciosos inio y de mando, sino el libre sacrificio de estos impulsos e instintos is acciones y expresiones correspondientes, en aras del amor."

El amor cristiano no es por tanto como se imaginan algunos un medio aridad social o política, ni tampoco un sentimentalismo optimista y ante. "El amor a los hermanos, dice Olgiati, puede ordenar la guerra sta causa. La espada es la que da la paz a los hombres de buena vo- los únicos a quienes el cántico de Navidad la augura. Un castigo ne- una operación quirúrgica bien hecha, una guerra justa pueden ser la era realización concreta del precepto del amor, en cuanto no son una a Cristo en nuestros hermanos, sino un esfuerzo legítimo y con fre- obligatorio para librar a los demás de la dificultad exterior que en na efiere a Cristo y por el contrario atenta contra el amor cristiano en la en la historia."

sto no es, por supuesto, una loa a la fuerza imperialista que hoy día niza en el mundo; no, la fuerza, sólo debe estar al servicio de la jus- ella por sí sola no confiere ningún derecho; pero también es necesario r contra cierto pacifismo, que el cristianismo condena una paz sin , un desorden aparentemente ordenado.

El amor cristiano por tanto, es una exigencia del Reino de Dios que en el hombre en estado de gracia, sin que esto vaya unido a una de- cada forma de las instituciones sociales o políticas, pues, el reino de o se confunde con la ciudad terrestre. Es aquí donde está el error de lismos modernos. La idea de una futura ciudad perfecta del ensue- al o socialista— a que nos llevaría el progreso indefinido, no es más

que una carnalización del reino de Dios, hecha conscientemente por Leibnitz, inconscientemente por los profetas del mundo moderno.

En este mundo siempre habrá escándalos, guerras, odios y pecado. El Cristianismo que tiene un conocimiento exacto de la naturaleza humana, jamás ha creído que el dolor y el mal puedan suprimirse en el curso de la historia. "Todo lo que se propone producir en el mundo—ha escrito Paul Landsberg— son condiciones previas de la salvación, es crear un estado, en el cual los hombres puedan volverse hacia esa cosa única que les hace alta, sin tener que vencer obstáculos infranqueables."

Evidentemente que aunque el Reino de Dios se distinga de la cultura terrena, permanece en cierto modo unida a ella, pues ambas se realizan en el hombre. De aquí que un acrecentamiento del reino de Dios, significa en el orden terrenal, un estado social y político más perfecto, dentro de la relatividad de la perfección humana.

La preocupación por la realidad y la vida está en la esencia del Cristianismo; la negación de lo humano es contraria al dogma central de la Encarnación. El Cristianismo no destruye lo humano al querer unirlo a lo divino; para el cristiano, lo humano y lo divino, permaneciendo distintos, deben estar esencialmente unidos. Pero esta unión no es un equilibrio, una feliz armonía, sino—en el orden temporal— un estado de combate: "El que no cargue con su cruz y no me siga no puede ser mi discípulo." Hé aquí la realidad. El amor en este mundo no se da sino en el sacrificio. "Nadie vive en amor sin dolor", dice el Kempis.

Cristo nos trae la paz y el amor de los hijos de Dios, pero no nos promete la felicidad terrena, ni un mundo risueño y optimista, sino que nos advierte que la vida es batalla y contradicción; que el grano de trigo para dar fruto debe morir; que la vida presente es un estado de dispersión que marcha a la unidad en Dios; que este "camino" es una prueba, un sacrificio. El Cristianismo es un amor crucificado.

Fidel Araneda Bravo

Semblanza de don Rafael Eyzaguirre

El cincel del artista ha esculpido en piedra el rostro austero y bondadoso del sacerdote que erigió la casa de vacaciones del Seminario entre las montañas grises de nuestra tierra y el azul de los mares, paraje de fantástica belleza, donde generaciones de seminaristas han levantado su espíritu al Divino Artífice para entonar en unión con los niños de Babilonia el *Benedicite montes et colles Domino... benedicite maria et flumina Domino...*

Don Rafael Eyzaguirre perteneció, como Aarón, a una familia sacerdotal que desde los últimos años de la Colonia ejercía poderosa influencia en el gobierno de la Iglesia chilena. Estas circunstancias y el piadoso ambiente de su hogar influyeron para que pronto despertara en el alma del niño el germen de la vocación porque, como dice un pensador americano que ha penetrado muy hondo en la

psicología humana, "la natural espontaneidad de la infancia y la inquietud de la adolescencia aguijoneada por el estímulo del amor, son ocasiones culmiantes de que las virtudes y energías de un alma se transparenten y se descubran."

En los primeros años de su infancia aparecen en don Rafael Eyzaguirre los rasgos que después han de definir su personalidad: cuando participaba en los juegos de sus hermanos menores y sucedía algún accidente digno de castigo descargaban en él la responsabilidad para que recibiera la sanción conveniente y el niño Rafael aceptaba en silencio el sacrificio, que en su vida sacerdotal llevaría hasta el heroísmo más absoluto.

En el espíritu del señor Eyzaguirre germinaron muy temprano los divinos designios: llevado al Seminario se formó en la escuela de don Joaquín Larraín y

y, moldeada su personalidad en ese espíritu de orden y trabajo, al recibir la sagrada unción muchos habían aumentado sus talentos en el orden intelectual y espiritual, encontrándose en excelentes condiciones para cumplir con el mandato de Jesús: "Docete omnes gentes". Don Joaquín Larraín que profesaba un afecto muy grande a don Rafael Eyzaguirre lo dejó a su lado en el Seminario y le confió algunas clases de humanidades y ciencias eclesíasticas; allí, junto a un sacerdote tan virtuoso y sabio como el señor Larraín, completó su formación, que más tarde iluminaría sus labores de Párroco y Rector del Seminario.

* * *

Un día el pueblo de San José de Maipo vió llegar a la Iglesia Parroquial a un joven sacerdote de treinta años: su rostro pálido se iluminaba por unos ojos azules muy serenos y su alma de niño se abría a las inspiraciones de la gracia. Iba a pastorear ese pobre rebaño del Señor, convaliente de larga enfermedad, pero aun cuando su organismo estaba debilitado, su espíritu vigoroso, animado de ardiente celo, lo disponía a "dar la vida por sus ovejas."

Montado en su caballo, compañero inseparable en su labor apostólica, salvaba largas distancias para ofrecer el Santo Sacrificio de la Misa en una pobre vivienda de la Aldea, sobre un altar portátil que él mismo llevaba consigo y la choza desmantelada se convertía en un nuevo Belén donde Jesús llamado por las palabras del discípulo, venía nuevamente a tierra para escuchar de los humildes, sus predilectos, el "Gloria in excelsis Deo".

A la hora de siesta visitaba a los pobres, se imponía de sus necesidades, convivía con ellos en dulce intimidad, escuchaba las largas historias de las abuelas, y para todos tenía una palabra amable con que mitigar el dolor de la pobreza; por donde pasaba esparcía el suave olor de Cristo convirtiendo las almas, porque, a semejanza de Jesús, "pertrasis benefaciendo."

Un año en que los campos no produjeron y los habitantes de San José de Maipo se vieron golpeados por la miseria, el celoso apóstol de los necesitados instaló en la parroquia un almacén de víveres para repartirlos. Como Jesús repartió los panes a la hambrienta multitud Pero donde probó hasta la evidencia el heroísmo de su caridad fué durante la epidemia de peste que azotó con violencia a los felices: construyó un lazareto que

atendía personalmente y cuando faltaban brazos para conducir los cadáveres al sepulcro, el Cura los transportaba en sus hombros; pocas veces un pueblo ha podido contemplar espectáculo más edificante; sólo un sacerdote que comprende íntimamente su divina misión puede realizar actos de tan heroica caridad.

En las escasas horas que le dejaba libre su ministerio se entregaba a la lectura y al estudio, porque jamás visitaba a nadie si no era para ejercer sus funciones apostólicas. Así transcurrieron los seis años de su labor parroquial y al retirarse para servir el Rectorado del Seminario de Santiago sus feligreses, habituados a tratarlo con amor filial, lloraron al Padre abnegado que sin reservas le había dado su corazón.

* * *

En 1882, a la muerte del P. Villalón, el Vicario Capitular, don Joaquín Larraín Gandarillas, que había formado intelectual y espiritualmente al humilde Cura de San José de Maipo, lo escogió entre tantos y tan distinguidos sacerdotes de la Arquidiócesis para que continuara su obra como Rector del Seminario. Grandes serían las virtudes del señor Eyzaguirre, cuando el señor Larraín, buen conocedor de los hombres, le destinó para un cargo tan importante en el gobierno de la Iglesia.

Cuando tomó la dirección del Seminario su prestigio era muy grande en el clero. Aunque había vivido lejos de la capital, en todas partes se le admiraba por el celo ardiente que había desplegado en el servicio parroquial. Tenía treinta y seis años de edad de carácter apacible y muy austero en sus costumbres, sabía ser bondadoso con todos y exigente consigo mismo; jamás nadie le oyó pronunciar una palabra que pudiera herir alguna reputación; en su porte exterior era extremadamente correcto; vestía sin elegancia, pero con esmerada pulcritud, para conservar hasta en lo exterior, la dignidad sacerdotal.

En el ejercicio del rectorado su principal preocupación fué formar a los seminaristas para el ministerio parroquial. Así comenzó a hacer una clase que sus discípulos llamaron: "Párroco Americano". En ella daba lecciones que la experiencia le había enseñado en sus años de Pastor; su gran santidad y talento le permitieron, con clara visión, poner sus ojos en nuestros tiempos tan necesitados de verdaderos apóstoles que vivan y hagan vivir la doctrina del Divino

Maestro; por eso tal vez, dió tanta importancia a la formación apostólica de los seminaristas y antes de morir, en las obras de sus discípulos, pudo ver con íntima satisfacción el fruto de sus desvelos.

No descuidaba tampoco la formación intelectual y disciplinaria; recorría diariamente las clases y cuando algún profesor llegaba atrasado, él mismo le servía de suplente; en las mañanas, antes de las cinco de la madrugada, ya andaba vigilando la levantada de los inspectores y alumnos; presenciaba todos los exámenes desde el primero hasta el último, sin demostrar la menor fatiga.

Dentro de su espíritu tan bondadoso, corregía enérgicamente las deficiencias que observaba en los estudios y en la disciplina; como hombre equilibrado, sabía armonizar la bondad y la energía con el cumplimiento del deber. La piedad de los seminaristas era su preocupación principal. Trabajaba por formar sacerdotes santos y abnegados, verdaderos discípulos de la Cruz, obedientes a las inspiraciones de la gracia, para formar más tarde a Jesús en las almas.

Puede decirse, sin exagerar, que don Rafael Eyzaguirre vivía preocupado de la formación de sus seminaristas; jamás nadie le vio perder un momento del día en distracciones inútiles; era tal el concepto que tenía del trabajo que mientras estaba ocupado con el barbero, su secretario le leía el libro que tenía entre manos. Grande ejemplo el suyo, que debe alentar a las nuevas generaciones sacerdotales, para soportar la esclavitud del ministerio con espíritu firme y levantado.

Antes de retirarse del Seminario, quiso dejar un buen recuerdo y levantó la casa de vacaciones en Punta de Talca entre las

lomas y el mar, para que sus amados seminaristas, a la vez que vinieran a recrear el espíritu en la contemplación de esa artística obra del Creador, estuvieran lejos del peligroso contacto con el mundo, en la época de vacaciones, procurándoles un descanso que, lejos de perjudicar su formación, contribuiría a llenarlos del espíritu de Dios.

En 1896 dejó el rectorado y pasó a ocupar el cargo de Visitador Diocesano. Encontrándose en visita parroquial en Lolol, contrajo una grave enfermedad que le impidió desempeñar el ministerio. Durante su larga dolencia, los sufrimientos, en vez de abatirlo, aumentaron en su espíritu, esa energía y entereza de que dió tantas pruebas en su vi-

da. Tan pronto observó al-
ría comenzó a escribir la
ción literal del Apocalipsis", ob-
nifiesta su gran erudición exegé-
cultad de Teología, de la cual el
guirre fué Secretario hasta su n-
también apreciar sus vastos co-
teológicos y filosóficos.

Poco después, fué nombrado
del Tribunal de Ciencias Dioce-
nónimo honorario de la Cated-
Presidente del Tribunal siguió
su vida: rigurosa exactitud en
miento del deber.

En los postreros días de su
le veía llegar muy temprano a
Seminario y ahí pasaba inmóvil
en la intimidad del Amado, con
últimos secretos.

Era tan grande el prestigio
ba el señor Eyzaguirre en el in-
vida, que su sola presencia pro-
espíritus un no se qué de grande
la impresión de lo divino.

En los últimos días de 1911
empeño de su cargo de President-
nal de Cuentas, le aquejó una p-
degeneró luego en tuberculosis;
enfermedad, siempre se le vió se-
tro de niño, suave y candoroso,
muy gravado en las retinas
que le asistió en sus últimos d-

Su muerte fué como su vida
mió para siempre, sin que nadie
ra... y en la mañana del 19
cuando los primeros rayos del
los viejos árboles del Seminario,
que lo atendía encontró su cuerpo
le cerró sus ojos, tan claros y
abiertos desde entonces a la luz
la Gloria.

Los años, que van arrastrando
bres e instituciones, no han log-
el recuerdo de don Rafael Eyzag-
píritu está en medio de nosotros
la placidez de su rostro se ha es-
piedra, sus discípulos agradecido
vas generaciones bendecirán la
varón apostólico cuya vida pue-
se en la estrofa del Salmista: "I-
lignum, quod plantatum est s-
quarum, quod fructum suum o-
pore suo: folium ejus non
omnia quoecumque faciet, pros-



ros Errázuriz

Organización de la Sociedad y la Acción Católica

(CONCLUSION)

...mera parte dejamos demostrado
...o de paganización de la sociedad
...de sacerdotes, hacían indispensable
...n Católica, mediante la cual la
...ne la ayuda eficaz e inteligente de
...católicos. Como todo está malea-
...restaurarlo en Cristo: familia,
...l, escuela, economía, costumbres,
...s, literatura.

...vasta y sólida organización, je-
...nte unida en el mundo entero, y
...rea disciplina y generosos sacrifi-
...tener la fuerza necesaria para pro-
...restauración total, que urge realizar
...sociedad no perezca.

...rio, dice el Papa en su encíclica
...risti, "que incansablemente" nos
...en contra como muralla para de-
...sa de Israel", y que unamos las
...único y sólido frente, contra las
...nges, enemigas tanto de Dios
...de la humanidad".

...rganización total no pueden conse-
...si solas las obras católicas existen-
...tienen fines especiales y limitados,
...una organización universal y je-
...llas son sólo preciosos auxiliares
...Católica ha sido definida por el
...tífice como "la participación de
...en el apostolado de la jerarquía
...y agregó que daba esta defini-
...tiva", deliberadamente, y *no sin
...ción divina*". (Discurso a las
...tenecientes a la J. F. de la A. C.
...7).

...abras del Supremo Maestro de la
...indican que es el mismo Dios,
...salvar al mundo por medio de esta
...l institución de la Acción Cató-

...sa nueva ni desconocida en la Igle-
...apostolado de los seglares.

...edo en general, es obligatorio en
...todos los Padres y doctores de la

...tas del Concilio Vaticano se lee:
...os por las entrañas de Jesucristo
...fieles, principalmente a los recto-
...os, y les ordenamos en nombre de
...nuestro divino Salvador, que em-

...pien todas sus fuerzas para acabar con los
...errores en la Iglesia, para lograr que se difun-
...da la luz purísima de la fe". Y el actual
...Pontífice Pío XI, en un discurso a los direc-
...tores del Apostolado de la Oración, el 20 de
...Septiembre, les dice:

"Todos están obligados a cooperar para
...que el reino de Dios crezca, pues que todos
...son felizmente súbditos de este reino; y como
...miembros de una misma familia, deben hacer
...algo por ella. No hacer nada es pecado de
...omisión, que podría ser gravísimo. Todos
...deben trabajar, que para todos hay puestos
...y manera".

Veamos los fundamentos de esta obliga-
...ción de los seglares:

1.º—Es un *deber de caridad para con Dios*
...porque el primero de los Mandamientos es
...amar a Dios sobre todas las cosas; y amarlo
...es trabajar por su gloria, por la salvación de
...las almas, ser apóstol de su causa.

En su carta al Episcopado Argentino de-
...cía Pío XI: "El apostolado es obligatorio
...por caridad y también como acción de gra-
...cias a Jesucristo. Porque cuando llevamos a
...otros los dones espirituales que nos ha co-
...municado su divina largueza, satisfacemos
...los deseos de su Corazón dulcísimo, que no
...quiere sino ser conocido y amado, según di-
...jo El mismo en el Evangelio".

2.º—Es un *deber de caridad para con el
...prójimo*, al que debemos amar como a nos-
...otros mismos, con un amor verdadero, no só-
...lo afectivo, sino además, efectivo; como decía
...San Juan, no solo de palabra y con la len-
...gua, sino de obra y de veras.

El precepto del amor al prójimo, unido al
...amor de Dios, constituyen el resumen de los
...Mandamientos Divinos.

En la carta antes citada, decía también Pío
...XI: "Quien ama a Dios no puede menos que
...querer que todos le amen; quien ama al pró-
...jimo no puede menos que desear y trabajar
...por su eterna salvación". En términos gene-
...rales, Dios encarga a cada hombre el cuida-
...do de su prójimo y condenó severamente el
...egoísmo que manifestó Caín cuando, pregun-
...tando que había hecho de Abel, le contestó:
..."¿Soy acaso el guarda de mi hermano?"

La caridad espiritual es más valiosa que la

material; y no ama a su prójimo, el que se niega a comunicarle el beneficio inmenso de la fe cristiana.

3.o—El *Padre nuestro*, la oración que nos enseñó el Señor es, al decir de Pío XI, en un discurso del año 1924, la fórmula sublime del apostolado cristiano. En esa oración pedimos diariamente: "santificado sea tu nombre"; "venganos el tu reino". Ahora bien, no se puede rezar sinceramente esa oración ni hacer esas peticiones al Señor, si por nuestra parte no hacemos lo posible para que el nombre de Dios sea realmente santificado, y para que llegue pronto su reinado; lo cual supone la obligación de trabajar con empeño por la gloria de Dios:

4.o—La obligación de trabajar por el reino de Cristo se nos impone al recibir *el bautismo*, que nos hace miembros vivos de la sociedad cristiana, bautizados, como dice San Pablo en un mismo Espíritu para componer un sólo cuerpo. Como miembros de la sociedad cristiana debemos trabajar por su extensión, de manera que sus bienes alcancen al mayor número:

5.o—Esta obligación de trabajar por la Acción Católica, que según las palabras de Pío XI, en su encíclica *Urbi Arcano*, es una santa batalla que se traba en muchos frentes, se nos impone además de un modo especial al recibir el Sacramento de *la Confirmación*, que nos hace soldados de Cristo, miembros de la milicia cristiana y que, según Santo Tomás, confiere la plenitud del Espíritu Santo para poseer el vigor espiritual que permita comunicar a otros sus acciones, esto es, ejercer el apostolado.

Lo anterior, por lo que toca al apostolado seglar, considerado en general. El apostolado especial de la Acción Católica está ordenado expresamente por el Papa, como un deber propio de los tiempos actuales.

Pío XI, en un breve de 24 de Septiembre de 1877, quiere que los católicos se tomen como propia la causa de la Iglesia y de la religión, y se unan entre sí, a fin de ayudar a su defensa.

León XIII en su encíclica *Graves de Communi*, recomienda a los católicos la acción social, porque "se trata de los intereses supremos de la sociedad y de la religión, y todos los buenos deben considerar como un deber sagrado el defender el honor de unos y otros".

Lo mismo recomendaron Pío X y Benedicto XV.

Pero, el que ha hablado más claramente al respecto, es el actual Papa Pío XI, que ha

precisado esa obligación y la maniplirla.

En su carta al Episcopado Arce; "el apostolado de la Acción Católica a sacerdotes y seglares aunque forma"; en la carta al Cardenal de Estado, de 24 de Enero de "los pastores espirituales deben de Acción Católica como algo que p cesariamente a su ministerio y los un deber de la vida cristiana".

Y en un discurso de 4 de D 1924, dijo a unos católicos de B tualmente la Acción Católica es dispensable como el ministerio d todos deben cooperar a ella au grado mínimo".

La forma de cumplir con esta es ante todo concurrir al llama Papa, inscribiéndose en los regist tro Parroquial respectivo, para cuerpo organizado de esta mil en seguida, ayudar de alguna r forme a la situación de cada cual.

A este respecto dice Pío XI, de 2 de Octubre de 1923, al Pre Acción Católica Italiana: "Así católico debe sentir la obligación de entregarse, o cuando menos a esta obra de apostolado (la Ac ca), así también debe sentir la obligación de conducirse, en cur sible, a los órganos de acción re no quiere exponerse al peligro de fruto y aún el de crear turbacion

El Papa nos indica tres manera a). Entregarse, esto es dedica trabajo de la Acción Católica; b de algún modo práctico a estos i ciendo propaganda, ayudando mente, etc.; y c) Coordinándose lacionando el trabajo católico en con los organismos directivos Católica para unir los esfuerzo

Los que tengan su tiempo nen el deber de entregarse; los q absorbidos por otros deberes pue de alguna manera; y los que est jando en alguna obra católica c narse.

Y todos, absolutamente todo, pezar por ayudar con su oració medio más eficaz para consigui salvación que necesita la sociedad

Verem ahora los fines de t tólica.

Hay considerar el fin sup ral; los nes particulares, que una pa del programa; y el

que sirve de medio respecto del
y que tiende a la formación de

timo, supremo y general de la Ac-
a, es obtener el reinado de Cristo,
viduos, en las familias y en la so-
el mismo de la jerarquía católica
ostolado participa. En su carta al

Argentino lo dice Pío XI: "el
cción Católica es nobilísimo, pues
on el de la Iglesia: la paz de
reino de Cristo". Es un fin am-
rque abarca toda la acción de la

n que pueden ayudar los seglares;
ligioso, porque busca el reino de
no es de este mundo, sino supe-
nque para conseguirlo debe nece-
valerse de medios humanos; y emi-
social, porque como dice el Papa

su carta al Cardenal Bertram,
tar el reino de Cristo y de este
o que se consigue para la socie-
r de los bienes, se procuran los
de él proceden, cuales son los que
el Estado y se llaman políticos".

particulares son tan varios como
les sociales que hay que satisfacer
tar el reinado de Cristo entre

endir la fe y la cultura cristiana,
n los individuos, en las familias
edad una verdadera conciencia

mentar la vida religiosa práctica,
viduos, en las familias y en la so-

der celosamente los derechos y
de la Iglesia, para que pueda rea-
piezos su obra civilizadora;

tr por la constitución cristiana de
defender la institución del matri-

rganizar la escuela, la literatura y

ljar por la solución cristiana de
social.

mediato y próximo, que se pro-
ción Católica, como un medio ne-
obtener los fines particulares y
el fin general es la formación de
ara que puedan llenar la misión
seglares que secunden a la Jerár-

católica "El fermo propósito", de-
"La Acción Católica constituye
apostolado a honra y gloria de
cumplir con él puntualmente,
gracia divina, la cual no se otor-
vive unido con Cristo, cuando

hayamos formado la imagen de Cristo en
nosotros, entonces y sólo entonces podremos
con facilidad traspasarla a las familias o a la
sociedad".

Veamos ahora la *naturaleza especial de es-
te apostolado*:

1.º—Es *apostolado seglar*. El llamamien-
to a los seglares o laicos para que participen
en el apostolado jerárquico, es la nota caracte-
rística de la Acción Católica; llamamiento
que, al decir de Pío XI, "es una verdadera y
propia vocación".

Considerada como actividad la Acción Ca-
tólica dice Monseñor Civardi los segla-
res son la causa eficiente de ella, esto es, la
que con su trabajo produce algo; y conside-
rada como institución, ellos son la causa ma-
terial, esto es, la que le suministra los ele-
mentos;

2.º—Es *apostolado auxiliar y dependien-
te de la Jerarquía*:

El ministerio apostólico propiamente tal
corresponde a los Obispos y Sacerdotes. Los
seglares son llamados a participar, a coope-
rar, a auxiliar a la Jerarquía en su labor,
manteniéndose estrechamente unidos y de-
pendientes de ella.

En un discurso de 5 de Mayo de 1932, de-
cía Pío XI a las asociaciones de Acción Ca-
tólica de la Parroquia de San Carlos de Ro-
ma: "La Acción Católica es participación;
luego es unión con el Episcopado, con el sa-
cerdoció; luego no es acción desligada, arbi-
traria, sino que debe apoyarse, girar en torno,
subordinarse a la acción principal de los obis-
pos y sacerdotes";

3.º—Es *mandataria oficial de la Jerar-
quía*.

La Acción Católica, a más de ser aposto-
lado auxiliar y dependiente de la Jerarquía,
es un apostolado oficial. Los que en ella mi-
litan son colaboradores y mandatarios de la
Jerarquía; quienes la dirigen son delegados
de ella. Decía Pío XI en su carta al Carde-
nal Bertram: "al cerrado escuadrón de cató-
licos que acude al llamamiento de la Jerar-
quía, comunica esta el mando y también los
alienta y espolea";

4.º—Es *universal*, en cuanto a los suje-
tos, al objeto, a los medios y al lugar.

En cuanto a los sujetos, porque la Igle-
sia llama a todos los católicos "sin excepción
alguna de edad, sexo, condición social o cul-
tura y sin distinción de tendencias sociales o
políticas

En cuanto al objeto, porque su fin es res-
taurarlo todo en Cristo. Decía Pío XI a los
dirigentes de Roma: "La Acción Católica
debe llegar a donde quiera que se presente la

hay bien en materia de escuelas caer en absoluto de prensa.

ocer bien el estado moral y religioso de la parroquia—que es una operación que hay que realizar antes de lanzarse a recomendar determinadas obras—o el formulario que ha repartido el centro, y al tenor del cual puede hacerse una encuesta muy útil.

Después de esa encuesta y conocido lo más posible el estado moral y religioso de la parroquia es fácil acordar las obras que el centro de la Acción Católica a que preferentemente debe atender el centro.

Hay que tener aquí otra consideración que no es olvidar. Si hay alguna obra o actividad católica existente, que tenga el carácter de las que se necesitan y que tienen experiencia, como la Acción Católica, también la misión de coordinar esas actividades—puede y debe el centro planear esa situación para no crear una obra que venga a dañar a las que ya existen de esto, debe ayudar y fortalecer ya están formadas.

Se pretende el centro realizar en su labor para cambiar una ma-

la situación que viene produciéndose desde hace muchos años. Debe ir poco a poco, avanzando cada día un paso y sin desalentarse por los primeros tropiezos que sin duda encontrará.

Creo haber dado una idea más o menos clara de lo que es la Acción Católica, tan recomendada por el actual Pontífice, que cifra en ella todas sus esperanzas y que la quiere como la niña de sus ojos.

La Acción Católica, que al decir de Pío XI, ha sido establecida por inspiración divina puede unir los elementos sanos, aumentarlos, adiestrarlos y salvar la sociedad.

“Torcer el curso que hoy tienen las cosas, decía Donoso Cortés, sería una obra de gigantes. No hay poder en la tierra que por sí solo pueda llevarla a cabo, y apenas podría ser llevada a término dichoso si obran con concierto todos juntos.”

Però lo que no es posible a los hombres puede hacerlo Dios; y su representante en la tierra nos indica el camino de la Divina Providencia: “Unir estrechamente a los hombres de buena voluntad en las filas de la Acción Católica.”

En Peña

LOS TIEMPOS DE SAN PABLO

(CONCLUSION)

III

La vida de San Pablo en Corinto

de las modernas coqueterías de la moda, adaptar los tiempos, acercarlos a nosotros, adaptarlo a nuestro modo de sentir, para hacerlo vivir con vida y mayor interés. Quisiera proceder al estudio incien procedimiento al estudio incien incompleto que estamos haciendo en los primeros años del cristianismo debíamos, hasta cierto punto, desde el tema que estamos esbozando, vamos a reconstruir lo que un moderno llamaría “Un día de”, y vamos a escoger, uno de esos días que se encontró con un grupo de discípulos en Corinto, en su primer viaje y permaneció por más de año y me-

cristianos expatriados de Roma por un decreto de Claudio.

Pablo llegó en esta oportunidad a Corinto, después de haber pisado por primera vez el suelo de Europa en Neápolis, puerto de Filipos en Macedonia. Estableció en esta última ciudad, la primera iglesia fundada en ese continente. Dirigiéndose luego hacia el Sur, pasó por Tesalónica, hoy día Salónica, en seguida visitó Atenas, para llegar por fin a Corinto.

Desembarcó en las Costas de Acaya, según él mismo nos lo declara “enfermo, humillado y temeroso”. Sin duda habrá de atribuir este estado de abatimiento a la ausencia de sus acompañantes Silas y Timoteo dejados en Macedonia, al cansancio que debían producir los viajes de aquella época en una naturaleza débil como la suya, y al poco éxito de su predicación en Atenas, donde

el Areópago, al cual tuvo oportunidad de dirigirse, no hizo caso de su elocuencia y lo despidió con una sonrisa semi amable y semi burlona diciéndole: "otra vez te oiremos".

No bastó, sin duda, para curar su nostalgia el hermoso espectáculo que ofrece al viajero la llegada a Corinto con sus dos puertos situados de cada lado del istmo y ese conjunto de palacios de vivos colores, que en suave gradiente se elevan hasta los pies del enorme peñasco, vigía avanzada del Peloponeso, que se levanta perpendicular a 600 metros de altura y que corona el Acrópolis de mármol blanco.

Corinto era una ciudad de gran lujo, de placeres y de comercio, de vida dispendiosa. "No es dado a todos, decía un proverbio de la época, el poder visitar Corinto".

Su clima templado, sus bellezas naturales, la munificencia de sus edificios, entre los cuales descollaba el famoso templo de Venus, la Afrodita Pándemos, atraían en ciertas épocas del año a los elegantes de Roma, que tenían por las Costas de Acaya, la misma predilección, que sienten hoy día por la Riviera, los elegantes de París o de Londres. Los griegos de la península y del Asia acudían también periódicamente, en gran número, a presenciar los juegos Istmicos que conservaban todavía su antigua popularidad. El refinamiento de esta población de temporada y el innegable temperamento artístico de los corintios habían hecho prosperar las industrias de lujo, la púrpura tan preciada, los bronceos, los objetos de tocador, las estatuillas y vasos de líneas exquisitas, que Plinio, coleccionista de buen gusto, alaba en una carta a su amigo Severo, calificándolos de obras dignas de adornar el altar de Júpiter.

El alma austera de Pablo debe haberse sentido muy solitaria y aislada en ese ambiente nuevo para él, saturado de molición, de superficialidad y de refinamiento pagano.

Su llegada ha sido seguramente anunciada, por lo menos a Aquila y Priscila, dos emigrados de Roma, que le tienen alojamiento preparado en su casa.

Aquila y Prisca o Priscila, son dos convertidos de la primera hora, pareja simpática que debemos conocer. El es un judío del Ponto; ella, por su nombre, parece romana. Los encontramos a menudo en los textos antiguos; tan luego en Roma, donde tienen su residencia habitual, o en Efeso, o aquí en Corinto. En todas partes los vemos en amistosa relación con los jefes de la Iglesia coo-

perando con celo y actividad evangélica. Es gente acomodada, dueños de tiendas de campaña, oficio también el padre de Pablo y Pablo. Era costumbre entre los judíos, que fuera su situación, enseñar un oficio manual y así Pablo, para su educación rabínica había a un oficio paterno.

Estas tiendas se construían con muy grueso y tupido, tejido con cabras de Sicilia, y probablemente de industriales atentos al detalle de sus negocios. Aquila y Priscila se dedicaban a adquirir en los propios centros de producción, la materia prima que les serviría; lo que explicaría sus frecuentes viajes.

Recibieron honrados y regocijados a Pablo en su casa, pues su fama comenzó a extenderse por todo el Oriente. Pablo comenzó también en su fábrica donde don trance, contratar trabajo, como en todas las ciudades donde permaneció algún tiempo, para no vivir a expensas de nadie.

Conociendo ya el ambiente, es difícil imaginarnos a Pablo, en su vida diaria, con su pequeña estatura, un delantal, la cabeza calva, inclinando un gran corte de lona, cosiendo a la luz de uno de esos candiles que cuyas imitaciones han llegado a nuestros días, las diversas piezas de que usaban las legiones del César sus paños.

En efecto, el día de labor comienza temprano en el mundo antiguo; a las seis de la mañana, ya en pleno movimiento, las tiendas ya abiertas. El poeta Marcial nos describe al jumento, como debe levantarse temprano, cante el gallo, para llegar a tiempo de etiqueta, con la toga, donde va a recibir la "espórtula" o digamos la diaria a riesgo de ofender su dignidad.

Sabemos que los delantales de los famosos, sus admiradores se los llevaban a jirones para conservarlos como reliquias.

El trabajo duraba hasta las doce de la comida después de la cual iban a pasear al Cranión, según Plutarco o a la avenida de Istmo con las estatuas de los atletas triunfadores en los juegos istmicos.

Pablo se retiraba a esa hora a su estudio en el patio interior de la casa de su familia, se dedicaba a preparar los sermones.

en la sinagoga o a dictar a Silas o que poco después de su llegada visitarse con él, la primera y la segunda a los Tesalónicos.

Sábado, desde temprano se encaminaba a la sinagoga, pues había una en Comana. Allí, a la hora de la tarde, se presentaba la ocasión, se dirigía al templo y explicaba algún capítulo de la Biblia para notar la superioridad de la enseñanza de Cristo sobre la de Moisés. Sus oyentes eran estas teorías, porque era un predicador racional, en las ceremonias judías. Alababa a los asistentes para que ellos interpretaran las santas escrituras cuando Pablo comenzaba a hablar de su conversión y a decir que los judíos y paganos eran iguales. Entonces el auditorio perdía todo interés y se desbordaba en improperios y gritos.

Un buen día, el desorden llegó a tal punto que Pablo sacudiendo sus vestidos, decía: "Caiga vuestra sangre sobre vuestra cabeza, yo no tengo la culpa; desde ahora me desentenderé de los gentiles".

Como salía del templo lo abordó Tito Justo, pagano, probablemente de cierta fortuna y le ofreció un alojamiento colindante con la sinagoga, para sus predicaciones.

En Comana, la casa donde se reunió la primera iglesia de Corinto, y en ella predicó Pablo por un tiempo. Llegaba ahí todos los días a la hora de la tarde, a enseñar la verdadera religión; había escogido esa hora para que pudieran acudir los esclavos. Los domingos, pues desde que la Iglesia comenzó a independizarse de los judaizantes fue consagrado al Señor, se celebraba.

Justo, reunión plenaria de catequizados.

En llegando por pequeños grupos, se reunía el apóstol. Estos grupos eran en su mayoría de humildes pequeños comerciantes, pero también había en ellos alguna gente de situación. Como a Crespo, el convertido, y a Sóstenes su asistente, y Erastes, el tesorero, y Estéfanos y Caio, acaudalado que Pablo llamaba el huésped de Asia. Las mujeres habían tomado el hábito de deshacer sus crespos, de cubrirse la cabeza con un velo y de dejar sus cabellos a la vista, cuando las tenían, pues Pablo era tolerante sobre este capítulo, como se comprueba con la lectura de la primera epístola a esos mismos corintios. Los grupos concurrentes se reunían en el

atrio de la casa, pequeño patio central rodeado de amplios pórticos situado en el primer cuerpo del edificio y hacia los cuales convergían las habitaciones principales. Esta disposición de las casas greco-romanas se prestaba admirablemente a estas necesidades litúrgicas. Ahí los esperaba Pablo, sentado en un sillón de brazos, denominado cátedra y colocado en el extremo de uno de los pórticos. Timoteo, su discípulo querido y Silas se ocupaban de los recién llegados, de colocarlos, de mantener el silencio, de disolver los grupos, de apaciguar, a veces, a los judíos que protestaban del contacto con los gentiles, esos antiguos adoradores de ídolos, que menospreciaban, y de calmar a los gentiles que lanzaban a los judíos malévolas insinuaciones sobre la muerte de Jesús.

La ceremonia era copiada de las ceremonias judías, era larga y duraba buena parte de la noche. Se comenzaba por algunas oraciones. Los primeros cristianos no oraban habitualmente de rodillas, ni con las manos juntas y nunca se arrodillaban los domingos, ni durante el tiempo transcurrido entre Pascua y la Pentecostés, oraban de pie, la cabeza descubierta y elevada hacia el cielo, excepto los catecúmenos que debían inclinarla hacia tierra, los brazos alzados, las manos extendidas, en recuerdo de Cristo crucificado. "Los cristianos, dice Tertuliano, rezan levantando los ojos al cielo y con las manos abiertas porque son inocentes; la cabeza descubierta porque no nos sonrojamos. . . No nos contentamos con levantar las manos en signo de ofrenda como los paganos, sino que las extendemos en memoria de la Pasión del Señor. . . No elevamos las manos con ostentación, sino con modestia y moderación".

Estas primeras oraciones correspondían a la inspiración personal de cada cual, pero se rezaba ya el Padre Nuestro. San Mateo nos ha legado una fórmula del "Padre Nuestro" casi idéntico a la que usamos hoy y San Lucas otra más abreviada.

El signo de la cruz, como lo hacemos hoy día y pronunciando las palabras litúrgicas que hoy pronunciamos, es una costumbre que data solo del siglo IV. En los tiempos apostólicos se decía "marcar la cruz" y se marcaba ese signo sobre la frente o sobre el corazón sin pronunciar palabra alguna.

Junto con las oraciones se cantaban Salmos con preferencia los de David.

Luego obedeciendo a una señal que daban Silas o Timoteo, se suspendían estos cantos y uno de ellos leía primero las cartas recibidas de otras comunidades y en seguida algún pasaje de la Biblia que Pablo indicaba; luego

éste se ponía de pie y en medio del general recogimiento, elevaba su voz elocuente y persuasiva. Los dos temas preferidos de sus sermones, los que formaban la base de sus catequesis pueden resumirse el primero, en estas palabras que él mismo nos ha transmitido "el Cristo murió por nuestros pecados, fué sepultado y resucitó al tercer día, todo esto conforme a las escrituras: Se apareció a Pedro, en seguida a los doce, luego a más de quinientos hermanos reunidos, de los cuales algunos han muerto, pero la mayor parte vive todavía, en seguida se mostró a Santiago y después a todos los apóstoles; por último se me apareció a mí que ni merezco ser llamado Apóstol porque perseguí la Iglesia de Dios".

El segundo tema, consecuencia del primero, es el siguiente: "Si Jesucristo resucitó, nosotros resucitaremos como él; y si nosotros no resucitamos es que Jesucristo tampoco resucitó".

Terminado el sermón, Pablo ofrecía la palabra. Había llegado el momento de que se produjeran los carismas que se dividían en glosales y profecías. El glosal era una especie de éxtasis en que caía alguno de los asistentes y en medio del cual comenzaba a hablar en idioma desconocido que él mismo ignoraba y que otro debía explicar. El don de profecía se traduce en buenas cuentas en un sermón.

San Pablo, sin prohibir estas manifestaciones, no era muy amigo de ellas y las reglamentaba severamente. El don de lenguas le parecía inútil porque generalmente nadie entendía lo que se hablaba ni se encontraba siempre quien tradujera. Nunca permitía más de dos o tres de estas manifestaciones.

Esta primera parte de la ceremonia terminaba con nuevas oraciones y cánticos. Luego los catecúmenos se retiraban y Pablo con los Neófitas pasaban a otra sala de la casa que se encontraba en los altos, destinada en un principio a fiestas y banquetes y reservada ahora a los ágapes y a la celebración del misterio de la Eucaristía.

El ágape o banquete eucarístico es la ceremonia religiosa esencial de los primeros años, se celebraba en conmemoración de la última cena, es el símbolo de la igualdad y fraternidad evangélicas.

Los acólitos distribuían a los fieles a lo largo de la mesa, éstos en un principio comían recostados según el uso corriente, pero luego adoptaron la costumbre de hacerlo sentados como podemos verlo en un fresco de la cripta de la vía Nomentana.

San Pablo, que naturalmente presidía la ceremonia era muy estricto en cuanto a la orde-

nanza del banquete. Mandaba la distribución equitativa de las provisiones, cada uno traía y no toleraba que le se sirvieran manjares y vinos en exceso y dejaran a los más pobres hambrientos. "Si queréis comer y beber en vuestras casas?" Mucho menos permitido que se contrataran tocadores como solió ocurrir más tarde. En el momento de la consagración, Pablo participaba depositando un pedazo en la mano de cada uno de los comensales, diciendo: "Cuerpo de Cristo", luego Timoteo ofrecía el cáliz diciendo: "La sangre de Cristo". Terminaba la ceremonia con cantos sencillos y avanzada ya la noche, los cristianos se despedían con el ósculo de paz.

Cumplida su misión en Corinto, Pablo dirige a Efeso. Sigue su vida peregrina, peligros y tradiciones. Ve a luchar por Cristo en cumplimiento de su misión que recibiera en el camino de Damasco. Durante estos veinte años va perfeccionándose la doctrina y extendiéndose la Iglesia. Pablo ha hecho oír la palabra en todos los grandes centros de cultura pagana, "el Señor me asistió para que yo acabase de predicar a todas las naciones", ha realizado su misión que Dios le confirió. Está para coronar su vida con el martirio.

Estamos en el año 67, en el momento de su prisión. Pablo ha sido apresado en una causa que se ignora, seguramente por el hecho de ser cristiano. La impopularidad de las autoridades mostraron en los últimos años ha desaparecido. Se consideraban las razones de Estado para aplastar la religión "superstición malvada", "superstición execrable", "superstición malhechora", la religión de Jesús era una superstición y quien la profesara contravenía las leyes. Por una frase de la segunda epístola a Timoteo, escrita poco antes de su muerte, parece que Pablo ha sido traicionado por un hermano desleal. Lo han llevado a prisión y no ha podido conseguir nada a su favor. Se ha defendido valientemente, y ha aprovechado la trágica situación para lanzar a sus jueces en pleno grito de protesta y de gloria por la doctrina de Cristo. Se dicta sentencia contra Pablo judío de Tarso y ciudadano romano. Será ejecutado el tercer día de la prisión, el 28 de Julio. En seguida es el oscuro momento de la prisión Mamertina y diez días después, conforme a la ley, el 28 de Junio, llega un centurión con una sección de soldados y arrastran a Pablo fuera de Roma.

po de dasalmados, de esa plebe que
 las calles de la gran ciudad y algu-
 los fieles, Lucas, Pudens, Lino,
 Claudia. El exótico cortejo sigue
 del Tiber por la carretera de Os-
 tres millas de Roma(luego se des-
 nte hacia un pequeño valle rodea-
 s llamado "Aquae Salviae". Ahí
 el centurión y hace formar la tro-
 es previamente flagelado con vari-
 obedeciendo a un signo de su jefe
 filas el "Speculator" con su gla-
 se arrodilla, tiende el cuello y po-
 s después su cabeza ensangrenta-
 bre el césped.

Los discípulos presentes llevan su cuerpo y
 lo depositan en un cementerio perteneciente a
 una familia cristiana, situado a lo largo de la
 misma vía de Ostia a un cuarto de legua de
 distancia. Ahí depositaron los restos mortales
 del apóstol de las Gentes, bajo una lápida
 que ostentaba esta inscripción: "PAOLO
 APOSTOLO MARTYRI".

Tres años más tarde Jerusalem era arrasa-
 da por Tito, hijo de Vespasiano; con ella
 desaparecían los últimos vestigios de los ju-
 daizantes, el centro de la Iglesia era traslada-
 do a Roma y sobre las ruinas del templo de
 Salomón construyeron sus cuarteles los sol-
 dados de la Legión Xª "Fretensis".

Japón en busca de fe religiosa

echo la primacía cultural del Ja-
 los países de Oriente. La energía
 y la unidad social de su pueblo
 cada vez sea mayor su influencia
 naciones que se hallan en sus ve-
 o en las rutas de su creciente comer-
 la importancia de estudiar las ac-
 cencias religiosas del Japón, ver-
 del Oriente.

igente jesuita el padre Keller, que
 rgos años en las misiones del país
 ente, acaba de dar a la prensa ca-
 pea sus impresiones optimistas y
 das sobre el porvenir que espera al
 en ese país.

tro de los verdaderos discípulos de
 todavía escaso y no son muchos
 tes católicos, extranjeros o japo-
 propagan allí la fe; pero la calidad
 nucleos es sobresaliente y han cam-
 al forma las resistencias sociales y
 as que antes encontraba su obra
 permite creer que, con la ayuda de
 á extendiendo la verdad religiosa
 ón con más rapidez de, lo que mu-

A LENTA EVOLUCION

padre Keller, cuya opinión pasa-
 ner, que se ha sorprendido al oír
 conferencias en América y Euro-
 nación de que el Japón está entre-
 cionalismo y al materialismo y
 país perdido para el cristianismo.
 raciocina, agrega, ignora la lenta

evolución de los tiempos y manifiesta una
 opinión bien modesta sobre la Religión de
 Cristo.

La civilización exterior europea puede ser
 adquirida, como justamente lo ha demostra-
 do el Japón al mundo, en un tiempo
 bastante breve; pero se necesitan muchos
 años para llegar a conocer el verdadero y real
 fundamento de esa civilización que es de ca-
 rácter esencialmente moral. La gran crisis
 mundial de estos últimos tiempos ha ido
 preparando el camino para este convencim-
 iento. La fallida prosperidad del maqui-
 nismo, del que tanto se esperaba, y la guerra
 internacional y social han hecho sentir a los
 japoneses la nostalgia de una verdadera fe
 religiosa.

Leamos un párrafo de uno de sus grandes
 diarios, "Osaka Mainiki y Tokyo Nichi Ni-
 chi", que en el año último decía lo siguiente:

"Ni en los pasados decenios, ni en los
 últimos siglos fué tan vivo como al presente
 el interés de nuestro pueblo por la cuestión
 religiosa. Desde hace ochenta años el Ja-
 pón se halla bajo la influencia de Occidente.
 La civilización occidental, con su materialis-
 mo político e industrial ha mudado la cara
 exterior del Japón. Pero la verdad es que to-
 das las reformas que esto ha traído en diver-
 sos campos nos han conducido a resultados
 bien poco satisfactorios en otros.

"Desorientación, confusión y fracaso ha
 sido la consecuencia de esta adopción de la ci-
 vilización europea.

"En esta situación penosísima nosotros
 necesitamos una ayuda más potente.

“La revolución política de 1868 nos condujo a la revolución industrial, pero hoy día los trastornos del campo social y espiritual han tomado tan alarmantes caracteres que nos encontramos en medio de una verdadera revolución moral. La fe antigua y las costumbres tradicionales que eran el principal sostén de nuestra sociedad, se encuentran en falencia. Todo ha sido reemplazado por el dinero y todo se mide con dinero. Nuestro pueblo se encuentra en tales trastornos que, por la primera vez en su historia, vuelve sus ojos con atención a la cuestión religiosa. Comprende que sólo de la religión puede venirle la salvación.”

Así se expresaba el año último aquel gran diario japonés.

No satisface — como se ve — el presente y no se anhela simplemente la vuelta al pasado. Ni las múltiples divinidadas, ni el culto a los ascendientes ganan terreno. La veneración religiosa al Emperador y a sus progenitores y servidores ilustres, que constituía hasta ahora un verdadero culto, ha cambiado de carácter. Ha sido precisamente un incidente con los católicos el que ha venido a eliminar el significado religioso de este rito que ha sido declarado por el Gobierno como un simple ceremonial patriótico de la Corte.

UN CONFLICTO SOLUCIONADO

He aquí como ocurrió hace poco tiempo el hecho. Existe en Tokio una Universidad Católica, con más de quinientos alumnos, dirigida por jesuitas de nacionalidad alemana, austriaca, suiza, belga y japonesa. En este instituto, como en todos, un encargado del ejército imperial da la instrucción militar y ocurrió un día que el oficial a cargo de los estudiantes de esta Universidad los condujo al templo correspondiente para rendir homenaje religioso a los venerados difuntos. Los alumnos católicos rehusaron cortésmente asociarse a dicho culto y el oficial que los comandaba denunció esta negativa a sus superiores.

La prensa de Tokio discutió con calor el hecho y el Ministro de la Guerra retiró los instructores militares de todas las escuelas católicas; pero después de amistosas conversaciones entre las autoridades civiles y militares hizo el Gobierno imperial la declaración pública a que antes hemos aludido de que esta ceremonia era un simple acto de respeto patriótico *ajeno a todo credo religioso*; esto ha dejado satisfecho a los católicos. Al decir

del Vicario Apostólico de Hiroshí declaración oficial elimina toda co y aleja un grave obstáculo para l sión del Japón.” Después de ella, e ga el mencionado Vicario, un ja tético puede ser a la vez un cat fecto.

Pero no sólo trata el Japón de a sus antiguos errores religiosos, sin estudiar las bases de la nueva fe, sus intelectuales con interés especi tianismo y sus doctrinas de carío lo más fundamental que existe.

SE ESTUDIA Y ADMIRA CRISTIANISMO

En el mismo importante diario ya citado encontramos a este resp nos conceptos que merecen conocer según las autorizadas informacione dre Keller, reflejan ellos, con sufici titud, la opinión más difundida er mento entre los intelectuales japon

Habla así el mencionado diario dose a la cuestión religiosa: “La más satisfactoria y la más en arti las aspiraciones del pueblo japonés ofrece el cristianismo. La juventud Japón lee la Sagrada Escritura y Cristo y su doctrina moral. Ella to a su hermano y protector; la a Cristo se convierte por esto en u dignidad personal y de amor frat

Así se expresaba textualmente a no de la prensa japonesa en 1934 para concluir diciendo, sin más es el Cristianismo sería la única re salvaría al Japón. Nó. Es meneste dar que hasta hace poco se consi a la doctrina de Cristo com con el patriotismo japonés. del citado periodista es simp que es menester fusionar los m tos de varias religiones, ppi especialmente en el Cristianismo es bastante prometedor.

Personalidades eminentes del conocen sin ambages la grande in las obras de asistencia social, con pedería para huérfanos y pobres o nen allí los salesianos, y aplauden so que los católicos prestan, con s a la instrucción popular.

Son objeto de gran interés, dic ller, los monasterios de las órden contemplativas; los japoneses pid cuencia autorización para visitarle

ellos y últimamente la radio en éxito el oficio divino cantado en las pistas de Yunogawa, monasterio donde solicitó admisión algunos miembros de la alta sociedad nipona. Este es un hecho significativo. El año pasado el Ministro de Estado Adatchi, en su discurso, evocaba a los mártires japoneses, poniendo de relieve el sacrificio y su desprecio a la vida bien genuina de aquel país.

LA LUZ DEL ORIENTE

Desde entonces, en vista de todos estos antecedentes, los misioneros del Japón abrigaban gran confianza en el porvenir. Los misioneros no llegan ahora en todo el país a 105,000 y los sacerdotes y misioneros no alcanzan a mil; pero son gente de gran cultura, de grande energía y de gran fe. Confían en Dios que parece preparar el terreno por sus misteriosas vías.

No eran más, humanamente hablando, los apóstoles y discípulos que, en los primitivos tiempos del Cristianismo, conquistaron para la fé a los antiguos imperios.

Oigamos como termina, reconfortando la confianza, nuestro autorizado informante.

“La religión *sintética* que los intelectuales japoneses andan buscando, está ya descubierta; la fuerza vital de la Iglesia Católica ha sido sometida a prueba en todas las latitudes y entre toda clase de razas. Estamos seguros de que el pueblo jefe del continente asiático, cuya inteligencia excepcional proclamó San Francisco Javier, no tardará en comprender esta verdad. El Japón se convertirá entonces en el verdadero *país del sol naciente*, porque cuando brille en él la luz de Cristo, iluminará, calentará e inflamará con ella a los demás pueblos del Oriente y el *peligro amarillo* se convertirá en una fuente de bien para todo el mundo.

R. S. E.

vista de ideas y de hechos

UNA NUEVA CONSTITUCION

Los Estados Unidos del Brasil no han permanecido indiferentes ante la formación general de las instituciones políticas, ocurrida en el mundo durante el período de la post-guerra. También a su territorio llegó, aunque en forma indirecta, esa especie de contrarrevolución francesa, de tipo liberal, muy mitigada, que caracteriza nuestro tiempo. La guerra civil que puso fin a la Presidencia del doctor Washington Luis Pereira de Souza y condujo al poder al doctor Getulio Vargas, vino también a derogar la Constitución de 1891 y sustituirla por una nueva, que entró en vigencia el 15 de octubre de 1934, y que incorpora a la legislación brasilera algunos principios de verdadero interés y oportunidad.

El primer elemento que resalta en el texto de la Carta Fundamental, recién promulgada, es su tendencia espiritualista. En su introducción se invoca el nombre de Dios; más adelante se dispone que “la enseñanza religiosa será de forma facultativa y administrada de acuerdo con los principios de la confianza religiosa del alumno, manifestada por los padres o responsables y consistirá en la materia de los horarios de las escuelas públicas, primarias, secundarias, técnicas y normales.” El artículo 113 establece la asistencia religiosa en los hospitales, cuarteles y penitenciarias, a solicitud de los interesados; el 144, la indisolubilidad del matrimonio, y el 146, la validez y efectos civiles del matrimonio celebrado ante un ministro de cualquier confesión religiosa que sea contraria al orden público y a las buenas costumbres, siempre que se cumpla con los requisitos que la misma Constitución consigna.

Al lado de las libertades individuales, que tanto preocuparon al siglo XIX, hasta el punto de hacerle olvidar los derechos sociales, declara la nueva

Constitución brasilera que "el orden económico debe estar organizado conforme a los principios de justicia y a las necesidades de la vida nacional, de modo que posibilite a todos existencia digna. Dentro de estos límites se garantiza la libertad económica." Igualmente, dispone que "los sindicatos y asociaciones profesionales serán reconocidos en conformidad a la ley. La ley asegurará la pluralidad sindical y la completa autonomía de los sindicatos". El artículo consigna que: "La ley promoverá el amparo de la producción y establecerá las condiciones del trabajo, en la ciudad y en los campos, teniendo en vista la protección social del trabajador y los intereses económicos del país." El mismo artículo establece que la legislación del trabajo deberá observar los siguientes preceptos: a) Prohibición de diferencia del salario para un mismo trabajo por motivo de edad, sexo, nacionalidad o estado civil; b) Salario mínimo, capaz de satisfacer, conforme a las condiciones de cada región, las necesidades normales del trabajador; c) Trabajo diario, que no exceda de ocho horas; d) Prohibición del trabajo a los menores de 14 años, del trabajo nocturno a los menores de 16, y en industrias insalubres, a los menores de 18 años y a las mujeres; e) Descanso semanal, de preferencia los domingos; f) Vacaciones anuales remuneradas; g) Indemnización al trabajador despedido sin justa causa; h) Asistencia médica y sanatoria al trabajador y a su madre, asegurando a ésta descanso antes y después del parto; i) Reglamentación del ejercicio de todas las profesiones; j) Reconocimiento de las condiciones colectivas de trabajo. Se establece también la reglamentación del trabajo de las mujeres y de las faenas agrícolas, y se dispone el sometimiento a la justicia del trabajo de las cuestiones que se susciten entre patronos y obreros en torno del cumplimiento de las leyes sociales.

Junto a la representación popular, de pura base territorial y que se garantiza por el sufragio universal inorgánico, la nueva constitución dispone el nombramiento de diputados por las organizaciones profesionales. Estos mismos representantes serán elegidos por sufragio indirecto de las asociaciones profesionales que se agruparán, para este efecto, en cuatro categorías: agricultura y ganadería, industria, comercio y transportes, y profesiones liberales y funcionarios públicos. El total de las tres primeras categorías comprende seis séptimos de la representación profesional, que, a su vez, constituirá el quinto de la Cámara de Diputados y se compondrá de igual número de delegados del capital y del trabajo. Ninguno podrá ejercer el derecho a sufragio en más de una asociación profesional y, además, en las elecciones realizadas por tales asociaciones no podrán participar los extranjeros.

Digno es, por último, de recordarse el establecimiento que hace la Constitución de consejos técnicos encargados de asesorar, en sus respectivas materias, a los ministros, y que estarán compuestos, al menos en su mitad, de personas especializadas, extrañas a los cuadros de funcionarios del respectivo ministerio. A los Ministros les está prohibido resolver acerca de un asunto en forma contraria al parecer unánime del correspondiente Consejo.

Respetuosa de las conciencias, reconocedora del gran rol que están llamadas a desempeñar en la vida nacional la familia y la profesión, enemiga de la libre concurrencia abusiva y protectora decidida del trabajador débil, la Constitución brasilera puede señalarse como un considerable avance jurídico en nuestro continente. Sin duda que, puesta en parangón con otras Constituciones fundamentales, como las de Austria y Portugal, acaso ella aparezca en algunos aspectos retrazada; pero, con todo, ha de considerársela como iniciadora de una franca transición del liberalismo puro a un régimen más justo y por tanto más cristiano.

EL PANORAMA INTERNACIONAL

La Liga de las Naciones se muestra, como de costumbre, impotente para dominar los conflictos armados. ¿Se tiene noticia de que alguna guerra haya encontrado pronto término gracias a la intervención de esa importante

ad? ¿Se puede, por ventura, señalar el caso de que ella haya puesto en vigencia el artículo 16 del Convenio que dispone que cualquiera de los países miembros de la Liga que recurra a las armas, ipso facto será considerado en guerra con los demás miembros de la asociación, y estos deberán suspender, con el infractor, toda relación comercial o financiera? Recordemos el caso del Japón, que después de haber dado un zarpazo a la China y apoderándose de Manchuria, mereció la condenación unánime de la Liga, no pasando de allí una cosa pues el aludido se retiró de la Sociedad de las Naciones y esta no arbitró ninguna medida para reintegrar al país afectado por la invasión en la pulgada de su territorio. No olvidemos tampoco que el mismo Japón extendió sus manos voraces para coger las islas que le confiaron los tratados de la post-guerra bajo mandato, e incorporarlas sin más a su soberanía, mientras la Liga lo contemplaba, atónita e inerte. Y esas protestas de Abisinia, amenazada en su integridad por el espíritu de conquista italiano, que aun llegaron a nuestros oídos, ¿encontraron, acaso, el menor eco en Ginebra?

No hace mucho, ante el escándalo de la guerra del Chaco, la Liga acordó, en favor de Bolivia, la suspensión del embargo de armas, que antes había decretado contra ambos beligerantes. ¿Cuál fué la respuesta del Paraguay ante esta medida?

"El Comité Consultivo — manifestó el afectado — al levantar unilateralmente el embargo, ha convertido una medida de represión indirecta de guerra en sanción contra uno de los beligerantes. Semejante sanción no está prevista en el pacto, y por lo tanto, ninguna autoridad de la Liga, puede decretarla sin quebrantar el compromiso recíproco que vincula a los miembros de la Sociedad de las Naciones". Resultado final: el Paraguay se retiró de la Liga.

¿Intentará ésta una acción armada para someter al rebelde? Utópico sería suponerlo. Muchos intereses pululan en torno de Ginebra para evitar a todo tiempo cualquiera medida que pueda lesionarlos. La guerra continuará diezmando la juventud de ambas naciones contrincantes, y la Liga se limitará a hacer grades declaraciones platónicas y literarias, tan vagas como estériles. Como nunca, se siente ahora, en las reuniones de la inepta institución ginebrina, la ausencia de principios capaces de supeditar a los bajos intereses materiales y de conquista.

Contrastando con los postizos ademanes protocolares y las palabras llenas de mesura y acicalamiento, con que las Cancillerías suelen abordar los problemas internacionales, el Presidente Alessandri, refiriéndose a la anunciada visita del Mandatario argentino a Santiago, se ha expresado con una franqueza fuera de uso en la diplomacia: "Ha de acabar esa matanza del Chaco, digna de América, apagando, por la convicción o por la fuerza, ese fragor silencioso. La paz del Chaco está principalmente en manos de las Cancillerías argentina y chilena. Esta es la verdad. Y sería cruel que, siendo ello así, nos entretuviéramos en festines que no se justifican, mientras continuadas al poniente del canal de Beagle. Hay que arreglar la cuestión del Chaco, y la llave de la paz, está en las Cancillerías de Buenos Aires y de Santiago. Hay que aceptar con buen espíritu, el arbitraje de las islas disputadas al poniente del canal de Beagle. Hay que arreglar la cuestión del Transandino, que no hay interés en arreglar. Sin estos previos acuerdos, toda visita presidencial, sería inoportuna e ineficaz.

Parece que estas palabras tan distintamente juzgadas en el continente, muestran como nunca, la necesidad de dejar de mano los viejos y retorcidos procedimientos diplomáticos de antaño, que envolvían su vaciedad en una timorosa hojarasca de palabrería académica y brillo exterior, e ir, en cambio, de lleno a la solución de los problemas de importancia capital para la vida de los pueblos.

la Universidad atiborrados de datos, llena la cabeza de nombres, de números y de anécdotas: hasta hay algunos — no muchos, por cierto— que poseen algunas ideas. Sin embargo todos, prácticamente todos, se revelan incapaces de pensar en forma racional. Los Liceos les han proporcionado datos, ideas y fórmulas hechas; los muchachos las han "aprendido" (sic) y, resultado de ello, no pueden producir por sí mismos una sola idea, crear ellos una fórmula original, tener un pensamiento propio. Más aun, la funesta práctica de enseñar datos y fenómenos les ha atrofiado— así lo afirman algunos profesores de nuestras tres Escuelas de Medicina— la facultad de comprender las ideas, de utilizar la razón: cuando piensan, lo hacen con la imaginación y siguen el razonamiento del profesor mientras se presenta susceptible de ser imaginado materialmente. De aquí que en Chile valgan más las personas que las ideas y más los resultados que los principios. Lo que no se ve— y muy visto— con los ojos, lo que no aturde los oídos, no existe. Estamos en plena Edad del Aviso luminoso y del Altoparlante.

El señor Eduardo Solar Correa, en su doble carácter de educador en establecimientos secundarios y universitarios, ha contemplado muy de cerca esta triste realidad; ha visto las causas y los defectos del proceso. Nadie como él puede profundizar con mayor conocimiento tan grave problema, ni tampoco está más autorizado que él, culto y artista, para indicarnos el origen y el tratamiento del mal.

En "La muerte del humanismo en Chile", el señor Solar Correa ha llegado al fondo de la cuestión, ha tocado la llaga en su punto más doloroso.

No basta arrojar la semilla sobre la tierra para cosechar frutos; es necesario que el germen caiga en un campo cultivado. Del mismo modo, las ideas no prenden en la inteligencia por el solo hecho de exponerse o comunicarse. Por otra parte, de poco o nada sirven las ideas ajenas incrustadas en forma de "lección" en la propia personalidad, porque la vida es esencialmente variable, escurridiza y no es posible juzgarla con medidas rígidas y prestadas.

Una inteligencia está cultivada, un hombre puede llamarse culto, no cuando sabe o conoce muchas cosas de la vida, sino cuando la comprende y es capaz de utilizar sus valores. Pero esto, interpretar, valorizar, requiere una larga preparación, un período de entrenamiento continuado y sabia y prudentemente dirigido, todo lo cual parecen estar empeñados en no hacer nuestros orientadores educacionales oficiales.

No cabe duda que los estudios clásicos representan la mejor disciplina intelectual que hasta ahora se conoce. Así se explica que, durante la Colonia, "en pleno obscurantismo clerical", América produjera valores que figuraron en Europa. Desgraciadamente, como los estudios clásicos requerían el aprendizaje del latín— no igualada gimnasia de la inteligencia— y como el latín olía a sotanas y no servía para la correspondencia comercial, hubo necesidad "en nombre del progreso", de reemplazarlo por los estudios "científicos", más de acuerdo con las modernas concepciones del universo". Por razones pequeñas y mezquinas, se comenzó a luchar contra el latín y se terminó por destruir la enseñanza. Durante la brega, hubo afortunadamente figuras, como la de don Joaquín Larraín Gandarillas, cuya grandeza de alma y cuya amplia visión permitieron a la Iglesia chilena salir con la conciencia muy limpia de este asunto tan poco limpio.

El señor Solar Correa, con el conocimiento y la amenidad que estamos acostumbrados a hallar en sus obras, traza valientemente la historia de la funesta lucha que mató la cultura y que está matando la Patria. Estudios como éste, merecen no sólo felicitaciones, sino también imitadores.

CRISTO ANTE LOS GOBIERNOS DE ARGENTINA Y DEL
 esplendor, 1935. — 52 páginas.

Este elegante folleto constituye un recuerdo de las mejores enseñanzas que nos ha dejado el reciente Congreso Eucarístico Internacional.

Se reproducen en él siete discursos de las más altas autoridades políticas, militares, judiciales y religiosas de las dos grandes repúblicas sudamericanas, el Atlántico con motivo del histórico viaje del Legado de Su Santidad, acompañados de una ligera descripción de las ceremonias en que se pronuncian. Los discursos de las autoridades brasileñas se publican en Chile por primera vez.

Las alocuciones de las Presidentes de la República Argentina y del Brasil rivalizan en elocuencia y convencimiento religioso.

El saludo del Intendente Municipal de Buenos Aires, es una pieza oratoria valiente y conmovedora. En el discurso del general Fasola Castaño a nombre del ejército argentino, ante el altar de Palermo, se expande la clara conciencia del hombre de espada y hombre de mundo.

Ante las Cortes de Justicia de Río Janeiro, reunidas especialmente, ha pronunciado el Presidente de la Corte Suprema del Brasil, interesantes reminiscencias históricas y religiosas de su país que conmueven al Legado de Su Santidad.

La Cámara de Diputados brasileña acordó una sesión especial en honor del Legado del Papa y le recibió en su sala de sesiones toda adornada de guirlandas de rosas, y es muy digna de ser meditada la inteligente y oportuna disertación que el leader de la mayoría parlamentaria de esta Cámara hizo ante el Cardenal Pacelli sobre la crisis social del mundo, señalando las doctrinas de León XIII y Pío XI como su único remedio.

Con razón dicen los editores del folleto a que nos referimos que estos discursos y manifestaciones oficiales "pueden servir de lección ejemplar a los países cuyas autoridades se inspiran aún en el rancio espíritu volteriano, a países como Chile, donde muchos de sus gobernantes y legisladores, educadores y periodistas siguen todavía invocando con una idealidad retrograda, el *laicismo* y la *neutralidad* del Estado, para contrarrestar la difusión de esa doctrina de Cristo que los conductores de otras naciones proclaman en alto como la única tabla de salvación y de la paz social en la humanidad".

Al final del folleto aparece la traducción de las hermosas apreciaciones que el Cardenal Pacelli hizo de su histórico viaje, en las columnas del *Osservatore Romano*, al regresar a la ciudad del Vaticano.



El Fin de los Tiempos

Predicciones acerca del fin del mundo, atribuidas a San Malaquías

Precio \$ 1.80, en Santiago: \$ 1.60

Sensacionales revelaciones

Escritos póstumos de M. María Rafols

Precio: \$ 1.10, en Santiago: \$ 1.-

El Alma de todo Apostolado

por D. J. B. Chautard, Abad de Siete Fuentes

Libro indispensable para todos los que quieran cooperar con eficiencia a la Acción Católica

PRECIO \$ 4.—

EDITORIAL ESTUDIOS

Casilla 2081 - SANTIAGO - Ahumada 360

TALLERES GRÁFICOS «CONDOR»
FONTECILLA 268 — SANTIAGO
